La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 8 de diciembre de 1890 — Núm. 467



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldomero Galofre

Reproduccion directa del álbum del artista

SUMARIO

BALDOMERO GALOFRE

Y SU «ESPAÑA PINTORESCA»

El eminente crítico italiano Scalinger dedicaba no ha mucho á Galofre, en la importante revista ilustrada *Fortunio*, un largo artículo encomiástico, del que entresacamos los siguientes párrafos:

«Los grandes predecesores de Baldomero admiraron los encantos de nuestro país y fueron formándose á la escuela de nuestros pintores, recordando de éstos, quién la suavidad Rafaelesca, quién los atrevimientos veristas de Miguel Angel, de Cazaraggio; quién las acariciadoras morbideces de Correggio, quién la profusión colorista del pintor de Verona. Galofre ama de Italia las bellezas y del arte la verdad. Para él no hay escuela, ni género ni especialidad de mecanismos. El dibujo está en el gusto y en la experiencia, el color en la visión del natural; la inspiración es el producto de la propia cultura, del propio ingenio, del propio sentimiento, porque representa la excitabilidad del temperamento artístico delante del natural...»

«Para Galofre no es necesario que un hecho sea maravilloso, es indispensable que sea verdadero; pues sabe que para llegar á ser maravilloso basta que pase al través de su talento y de su percepción artística. Galofre es, pues, un gran representante del naturalismo pictórico, precisamente porque prodigiosa es la prontitud de su visión y prodigioso el modo de traducirla plásticamente.

»Tocante á esta forma de traducción, Galofre no tiene preferencias: la pintura al óleo, como á la acuarela ó al temple; el carbón, como la pluma ó el lápiz, tienen para él el mismo valor; poseyendo tan despóticamente su mecanismo, que á la vista de sus obras no se concibe que el valor del artista adquiera mayor ó menor importancia por el medio que emplee. La diferencia podría derivar del modo cómo el artista utiliza un medio en vez de otro; pero Galofre posee un secreto para todos, y por eso sus acuarelas llegan á ser tan maravillosas como sus cuadros al oleo, y sus trabajos á la pluma tan llenos de efectos como sus espléndidos dibujos al carbón...»

«Galofre, á pesar de su modernidad, pone en su pintura algo que recuerda los antiguos esplendores de la España dominadora; al contemplar sus obras se advierte la grandiosa afinidad entre éstas y aquéllos, se siente que en el empaste de vigorosas y deslumbrantes tintas, en aquellas líneas amplias y seguras hay la aristocrática y maravillosa herencia de Velázquez y de Ribera; á través de las delicadas luminosidades del *Avemaría* se adivina que no en vano el divino Murillo ha pintado en aquella España en donde Galofre ha nacido, que por algo los besos de las andaluzas queman, las serenatas de Andalucía son tan deliciosas, las noches de Granada tan dulces, las leyendas árabes tan fantásticas y tan soberbios los blasones de Aragón y los alminares de Burgos.

»El modernismo de Galofre no es el modernismo iconoclasta que destruye la honrosa tradición, el carácter de raza de la personalidad nacional, y por esto renueva el milagro de Fortuny, cuya pintura espléndida enlaza en un haz supremo de arte la poesía gloriosa del Renacimiento con la radiante visión del porvenir.

»Baldomero Galofre armoniza en sí todas estas exigencias, porque grandísimo es su genio, ardiente su sentimiento de la patria, inmenso su amor por el arte é infinita su pasión por la verdad.»

Con esto podríamos dar por terminado nuestro trabajo si al coger la pluma nos hubiésemos propuesto únicamente ocuparnos en conjunto de la personalidad artística de Galofre. Tan fielmente retratada aparece ésta en los transcritos párrafos del crítico italiano, tan bien sintetizan sus frases las cualidades más salientes del artista, tan acertado es el juicio acerca del mismo emitido, que cuanto á ello añadir pudiéramos sería ociosa redundancia ó innecesaria dilución de conceptos tan justa y admirablemente expresados. Es más: lo que escribe Scalinger hanlo dicho en cien ocasiones en periódicos, ilustraciones y revistas los más eximios críticos de Europa y de América, tejiendo con sus alabanzas á nuestro compatriota una gloriosa corona de inmarcesibles laureles. ¿Qué pudiéramos, pues, decir en este concepto que no resultara repetición, desautorizada como nuestra, de lo que una y mil veces han escrito las grandes autoridades en la crítica del arte?

Tampoco interesa á nuestro objeto trazar una biografía del artista, saber de dónde viene y cómo y cuándo llegó á ser lo que es; bástanos considerarle en el momento actual, estudiarle en la nueva fase que desde ha poco nos ofrece su brillante carrera, juzgarle en su colosal obra del presente, admirarle, en suma, como creador de su incomparable *España Pintoresca*.

Se ha propuesto Galofre con esta obra hacer la historia plástica de las cuarenta y nueve provincias españolas, describir su suelo, sus habitantes y sus costumbres, pero no en grandes síntesis que reflejen los caracteres generales, sino por medio de minuciosos detalles que permitan conocer los más escondidos rincones de nuestras sierras, las más ocultas bellezas de nuestras costas, los más ignorados usos de nuestras gentes, las más modestas viviendas de nuestros aldeanos, los más insignificantes y primitivos útiles de nuestros campesinos, los más diversos y caprichosos trajes de nuestros pueblos, animados por el maravilloso soplo de un talento privilegiado y reproducidos por todos los procedimientos, desde el dibujo á la pluma con sus trazos vigorosos y justos, hasta el carbón con sus prodigiosos contrastes de luz y sombra; desde la acuarela de armoniosas y transparentes tintas, hasta el cuadro al óleo, rico en colores espléndidos y en líneas primorosas. Y no contento con los procedimientos conocidos, cuando alguno de éstos no le ofrece por sí solo los recursos necesarios para obtener el efecto apetecido, Galofre que, como dice el citado Scalinger, «puede impunemente despotizar en el reino del arte,» no se aviene á doblegarse ante la insuficiencia de medios de que dispone, sino que destruye las estrechas limitaciones de la materia con la inmensidad de su genio y crea procedimientos nuevos, tomando de cada uno de los existentes sólo aquello que á su inspiración responde y combinando esos distintos elementos en un todo armonioso, lleno de sorprendentes matices y de encantadoras gradaciones.

Por lo dicho se comprenderá que la obra de Galofre no es simplemente una obra artística, sino que entra de lleno en la ciencia por el carácter que reviste de verdadero tratado etnográfico, ya que en ella aparecen gráficamente retratadas las razas y mezclas étnicas que pueblan nuestra península, con todas sus rudezas, pasiones, instintos, preocupaciones y delicadezas, con los usos que la tradición ha religiosamente conservado entre nuestros compatriotas, con los instrumentos que de sus antepasados heredaron y que transmitirán á sus sucesores, con los avíos que la moda ha sido impotente para desterrar; en una palabra, con todas las virtudes y los defectos que son su característica.

Tal es el proyecto imaginado por Galofre; proyecto nuevo, gigantesco, que hasta ahora no supo concebir ó no se aventuró á realizar ningún artista en ningún tiempo ni en país alguno. Y si á alguien se le ocurriera pensar que la idea es excelente para soñada, pero imposible de ser llevada á la práctica, la mejor contestación que podremos darle será decirle que de los nueve ó diez mil trabajos sueltos que han de constituir la obra, según el plan que se ha trazado el autor, más de dos mil quinientos están completamente concluídos y clasificados.

No se trata, pues, de un ensueño de artista, de un plan fantástico acariciado en las cavilosidades de una imaginación fogosa ó calenturienta, sino que se trata de un hecho positivo, de una idea que ha tomado ya forma tangible, de un tesoro inmenso acumulado ya en una buena parte. Galofre no se ha propuesto solamente ir á un objetivo; ha hecho más, ha emprendido el camino y lleva vencido un tercio de su larga y difícil jornada.

¿Cómo surgió en la mente de Galofre empresa de tal magnitud? ¿Cómo se atrevió á acometerla? ¿Cómo la ha realizado ya en gran parte y cómo espera confiado darle cima? Su ardiente amor á España se la inspiró; su genio comunicóle alientos para intentarla; su fe, que no desfallece ante los obstáculos; su laboriosidad, que no se rinde á las fatigas, y su abnegación sin límites, que no repara en sacrificios, le permitieron comenzarla y proseguirla y le permitirán llevarla á cabo «si Dios le da vida,» como él dice cuando sobre el porvenir se le pregunta.

Hemos hablado de abnegación y de sacrificios; véase si hemos exagerado al usar tales palabras. Galofre ha llegado á conquistar universal renombre; su facilidad para concebir y para ejecutar es tan pasmosa, que en poco tiempo sus pinceles hacen brotar del lienzo maravillosos prodigios; en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Rusia, en los Estados Unidos, en todas la naciones en donde se rinde culto al arte, sus cuadros se pagan á peso de oro y son con empeño solicitados. Pues bien: Galofre ha renunciado á la gloria del momento, se ha retirado de la que pudiéramos denominar vida pública del artista, ha dejado de pintar para el comercio, ha escuchado impasible á los que le brindaban caudales á cambio de pinturas, ha rechazado con firmeza heroica los más apremiantes encargos y las más halagadoras ofertas, para consagrarse por entero á la que él llama «la obra de su vida,» para poner al servicio de su patria su talento, su actividad y hasta su fortuna. Porque Galofre, que durante su carrera ha ganado sumas cuantiosas, ha gastado cuanto tenía para la realización de su proyecto; Galofre, que podría vivir ostentosamente, se contenta con una existencia modesta; Galofre, que posee en sus arcas repletas de cartones un importante caudal, no quiere desprenderse á ningún precio del más pequeño de sus dibujos para no desmembrar el imperecedero monumento que está erigiendo en honor de España.

La obra de Galofre es algo más, mucho más que una obra artística y en cierto modo científica: con tener un valor incalculable bajo cualquiera de estos dos aspectos, tiénelo aún mayor considerada bajo otro concepto que hace de ella una obra eminentemente patriótica. Galofre no quiere consentir por más tiempo que su querida España sea un país desconocido para los extranjeros y aun para los mismos españoles; quiere ofrecerla á la vista de todos espléndida, viva, tal cual es, no tal como en sus imperdonables desvaríos se la forjan los que sólo de oídas la conocen ó los que sin conocerla poco ni mucho han pretendido describirla haciendo más gala de ingenio que de espíritu de justicia, y poniendo á contribución, no la observación directa ni el meditado estudio, sino su fantasía trastornada por los vapores de absurdas alucinaciones. Galofre quiere que de sus dibujos y pinturas surja la España que tan magistralmente pintan Pereda cuando nos cautiva con sus novelas montañesas, Doña Emilia Pardo Bazán cuando nos deleita con sus cuadros gallegos, Trueba cuando nos hace llorar con sus delicados cuentos de las Encartaciones de Vizcaya, Oller cuando nos encanta con sus primorosas narraciones catalanas y Rueda cuando nos entusiasma con sus brillantes notas andaluzas. Galofre quiere demostrar á los de fuera que en España hay algo más que toros, navajas y guitarras; que nuestro pueblo no es el que se embriaga viendo correr la sangre en los circos, no el que acude en alegre romería á presenciar él repugnante espectáculo de las ejecuciones, no el que se pasa la vida holgando y apurando cañitas mientras una voz aguardentosa entona alegres cantares y una moza de ojos de fuego y esculturales formas se contonea en lascivos é incitantes movimientos.

Pero sus enseñanzas no se limitan á los de fuera; también quiere que dentro de España misma las provincias hermanas sepan unas de otras lo que muchas ignoran; quiere que desaparezca ese cúmulo de falsas ideas en virtud de las cuales pudieron pasar como tipos sintéticos de sus respectivas regiones el aguador gallego, el zafio asturiano, el tozudo baturro, el vengativo huertano, el fanático navarro, el codicioso triguero, el tosco payés catalán; tipos faltos de verdad, engendrados al calor de necias preocupaciones, crecidos al abrigo de infundadas antipatías y perpetuados por crasas é indisculpables ignorancias.

Galofre quiere que conociendo á España, aprendan los extranjeros á apreciarla y á admirarla como se merece, y que nosotros mismos, sabiendo todos lo que somos, lo que podemos y los tesoros con que contamos, avivemos en nuestros pechos ese puro y santo amor que mutuamente debe unir á cuantos nos cobijamos bajo una misma bandera y veneramos á la patria común de los españoles.



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldomero Galofre. Reproducción directa del álbum del artista

La obra de Galofre es la rehabilitación de nuestra España ante el extranjero; pero es también base firmísima de recíprocas simpatías, fortísimo apoyo de nuestra unidad nacional á tanta costa alcanzada.

Galofre es artista de corazón y está apasionadamente encariñado con su obra. No hace muchos días, mientras con palabra elocuente nos explicaba á grandes rasgos su proyecto y con febril mano revolvía los cartones que iban desarrollando ante nuestra vista el más espléndido panorama, decíanos con los ojos humedecidos y con voz emocionada que reflejaba bien su sinceridad y su entusiasmo: «Si cien veces volviera á nacer, cien veces me dedicaría al arte; si mil vidas tuviera, otras tantas consagraría á la *España Pintoresca*.»

Pero ese cariño no lo profesa por pueril vanidad, aunque bien pudiera estar orgulloso de su obra, sino porque ésta es la inagotable fuente adonde acude para apagar su infinita sed de belleza; porque cada dibujo, cada cuadro renueva en su alma las dulces emociones experimentadas ante el variado y grandioso espectáculo de la naturaleza en todas sus manifestaciones; porque al contemplar su creación se siente sustraído al mundo material que le rodea y elevado á las altas y luminosas regiones, en donde los grandes genios pueden lanzarse á la consecución de los grandes ideales. Por ellos trabaja Galofre: fija su vista en el porvenir; ve cercano el día en que el triunfo habrá de coronar sus titánicos esfuerzos; presiente la victoria conseguida tras una lucha en la que ha tenido que vencer las asechanzas del utilitarismo y del escepticismo que emponzoñan nuestras sociedades y malogran tantos ingenios; sueña con el galardón para él inapreciable de haber merecido bien de su país; y animado por estos sentimientos, vigorizado con tales esperanzas, prosigue cada vez con más inspiración y con mayores bríos la noble tarea que se ha impuesto y en la que no cejará mientras viva, hasta que, colocada la última piedra de tan hermoso edificio, pueda decir: á España, «He cumplido como bueno honrándote y haciendo que te honren;» á la posteridad, «Esta es mi obra,» y al mundo entero, «¡Esta, esta es mi patria!»

M. A. C.

LA ESPOSA DEL HOMBRE CÉLEBRE

No me refiero á la *ministra*, que ni lee ni entiende (y más vale así algunas veces) los decretos que firma su marido; ni á la generala, que no acierta á decir cómo el general, su esposo, ganó los entorchados; ni menos á las mujeres que sólo saben que sus compañeros son célebres porque sí, preocupándose únicamente de pavonearse gozando las preeminencias que la celebridad trae aparejadas.

Repito que no me refiero á éstas; tienen las tales quien les cante alabanzas, quien diga cómo se visten, por dónde se desnudan, si por los pies ó por la cabeza, y les sobran aduladores que decanten su belleza y su distinción á falta de méritos más positivos.

Y que en esto de la distinción hay muchísimo que hablar, porque á cualquier cosa se le da ya semejante nombre.

Basta que una mujer sea alta, desgarbada y como un espárrago triguero, para que la llamen distinguida; y sobra con que sepa inclinar y erguir la cabeza automáticamente, mirando con su poquito de desdén á la persona á quien saluda, para que la *distinción* llegue á lo sublime.

Francamente, esta manera de distinguirse debe ser muy empachosa para los que no tengan por oficio ser tontos de capirote.

He oído llamar distinguidas á mujeres que lo eran solamente por mentecatas, y he leído que «la proverbial distinción de la señora tal»... y la señora tal era un angelito, que á todo el mundo trataba á punta de zapato; de zapato Luis XV, eso sí.

Dejemos á las unas y á las otras, pues que no quiero fustigar á nadie, y quédese cada cual con el adjetivo que tengan á bien aplicarle los revisteros y los tontainas.

Para mí el que una mujer sea ó no sea distinguida, siempre ha de estribar en la educación y en el espíritu, más que en los movimientos estudiados, en las posturitas aprendidas y en el corsé apretado como cincha de asno resabioso.

Me he propuesto solamente hablar de las mujeres que merecen serlo de hombres eminentes, y como lo natural es que alguna me haya servido de modelo, voy á exponerla á la pública expectación, aun cuando á la vez yo me exponga á un mohín de modesto enojo por la presentación indiscreta.

Saboreando lo que sobre Baldomero Galofre escribieron dos galanas plumas, manejadas con encantadora soltura por peritos en la materia, entráronme furiosas ganas de visitar el estudio del gran pintor, y sobre todo de contemplar la obra magna que su correctísimo lápiz está llevando á cabo.

Me honro con la amistad del padre de Galofre, pero no conocía al hijo personalmente; y como el padre es un amabilísimo caballero, enterarse de mi deseo y prometerme el placer deseado, fué cosa de un instante.

Llevó su galantería hasta acompañarme en la visita, y juntos, como dos camaradas, ó como el papá que gozoso lleva á su hija á una diversión reiteradamente suplicada, nos dirigimos á la estación del ferrocarrilito de Sarriá.

Acomodámonos en nuestros respectivos asientos, y ni visto ni oído recorrimos el trayecto que media entre la estación de San Gervasio y el apeadero de la calle de Provenza.

Felizmente, el convoy que nos conducía no aplastó á ningún guarda-aguja y pudimos respirar tranquilos al fin de nuestro viaje.

– Ya verá, ya verá, me decía Galofre padre, cómo se parece á V. la esposa de mi hijo.

– ¡Pobre señora!, contesté sinceramente.

Al penetrar en el gabinete que sirve de provisional estudio á Galofre, perdí completamente la idea del mundo exterior: iba á ver, á extasiarme, y enemigo encarnizado es el éxtasis de la memoria.

¡Qué impresión de gozo sentí contemplando aquí el caballete, allí unos bocetos, acá varias fotografías de hombres conocidos con cariñosas dedicatorias y allá objetos que al profano parecen pingos y vejeces, siendo para el pintor joyas inapreciables, vehículos que transportan la imaginación á otros tiempos y á otras edades!

Me dispuse á ver, á ver mucho, y á viajar por España, por la España que huye y que sólo en la obra magna de Galofre podrán admirar las generaciones que sucedan á la nuestra.

Nunca me parecieron más empañados los cristales de mis lentes; frotaba y refrotaba en ellos, y velados los encontraba siempre; serían mis ojos, sería lo que fuese, pero yo no alcanzaba con la vista cuanto alcanzar deseaba.

– Entiendo poco de *ambientes, humedades, frescuras* y coloridos, dije á Galofre; el color no hace más que seducirme cuando está bien sentido, pero en cambio el lápiz me hiere de un modo tal, que la mejor obra pictórica no lo es para mí si esta desdibujada: ó la perfección en el dibujo, ó no quiero cuadros.

– Me alegro, respondió entusiasmado Galofre, yo también rindo culto al lápiz, y lo que va V. á ver son dibujos y rayas.

– ¡Bravísimo!

Comenzó la exposición; pasaban los cuadros por el caballete (con harta precipitación desgraciadamente), y perdí la conciencia de dónde estaba. No es broma; cuando al cabo de cuatro horas bajé al paseo de Gracia, dije: ¡Calle! ¡Pues si estamos en Barcelona!

Después de algunos trabajos de género andaluz, en los cuales parece que se oye dicharachear á las gitanas y sin esfuerzo se adivinan bajo sus amplios faralares los disloques y cimbreos de sus coyunturas, tuvo Galofre la bondad de trasladarme á Galicia y Asturias, viaje de placer que jamás agradeceré bastante al pintor eximio.

Ya no era la gitanería con sus desmadejamientos cadenciosos, ni los caireles, ni el borriquillo cascabelero, enjaezado con todos los arrumacos chillones que chisporrotean abrasados por los rayos del esplendente sol de Sevilla; eran las garridas mozas de mi tierra con su musculatura rígida, sus carnes apretadas, sus atrevidas y turgentes protuberancias, y era el manso buey uncido al *filarmónico* carro gallego, y así le llamo porque en aquellas regiones el carro que no canta, produciendo infernales chirridos, es un carro que deshonra á sus amos.

Del aduar gitano pasamos á las rías de Pontevedra y á los casetones destartalados de Oviedo, Lugo y Orense; contemplamos el *horreo* asturiano y el *cabazo* gallego, entre cuyos calados me parecía divisar las riestras de apiñadas mazorcas; y aquellas casas medio derruídas, en las cuales se conserva incólume el escudo de nobleza, tanto más irrisoria cuanto más desheredados estamos de fortuna, me hablaban, me decían algo, me decían mucho, y la *morriña* invadía mi ser, y las *soudades* del lusitano me laxaban el alma.

A mi lado había una mujer que me ayudaba á sentir y á recordar; una admiradora de Galicia y Asturias, que me hablaba entusiasmada de aquellos países y de aquellas naturales bellezas, que hacía sobrepujar á las de Suiza y á las de Italia, su dulce patria.

Era Lectte Galofre, era la esposa del hombre célebre, era un corazón puesto al servicio de una mente ardorosa.

Compañera del gran pintor en sus correrías artísticas, se advierte en ella á la sacerdotisa del arte, pero sin alardes neuróticos, sin entusiasmos rebuscados, sin fantasías enfermizas, con el razonamiento frío, con la comprensión brillante y entusiasta que anima una fisonomía expresiva y unos ojos de fosforescente pupila.

Galofre dibuja, Galofre pinta, Galofre es el arte; Lectte contempla, Lectte admira, Lectte ama y venera al artista.

¡Qué bello es esto!

La esposa que sabe juzgar al hombre eminente, es un garbanzo negro en el sexo de las frivolidades.

Pocas, poquísimas mujeres se asimilan al arte ó carrera de su marido; este bien inapreciable para el hogar, es patrimonio exclusivo de la clase artesana.

Por regla general vemos que no saben sumar las esposas de los banqueros, que duermen las de los oradores si se habla de retórica, que no entienden jota de solfa las de los músicos, que no distinguen un violín de un arado romano las de los pintores y que sólo entienden la palabra *crisis* las de los políticos.

¡Y qué divertido debe ser para un hombre hablar de su profesión con los extraños y de tonterías con su mujer!

En cambio, ¡qué dicha cuando al lado del hombre célebre no queda obscurecida la personalidad de su compañera!

«La gloria del marido á la mujer toca,» dicen. No es cierto: á la mujer le toca el orgullo inconsciente y las más veces necio con que se engalana, y si hasta ella desciende un reflejo glorioso, le alcanza oblicua y pálidamente.

Pero cuando las mujeres como Lectte saben colocarse cerca, muy cerca del cerebro generador, la gloria las envuelve con sus rayos directos iluminándolas de lleno.

– ¡Ay, amigo mío!, dije á Baldomero Galofre, lograr fama de gran artista y serlo, me parece más fácil que lograr una gran mujer.

El ilustre pintor sonrió satisfecho.

Decididamente hay hombres muy dichosos, pero también hay mujeres que lo son porque merecen serlo.

E. C.

ENMENDAR LA PLANA Á DIOS

Paseábase el Señor Dios por los cielos al tiempo que se levanta el aire después de mediodía.

Su majestuoso rostro indicaba una tranquilidad y una calma grandiosas.

Desde todos los puntos del universo llegaban á sus oídos, que todo lo escuchan, lastimeros quejidos, terribles imprecaciones, carcajadas impías, ayes de dolor.

El Señor Dios sonreía.

Miró con sus ojos, que todo lo ven, á todos los puntos del universo, y vió que su imagen había sido arrojada de los altares.

Y el Señor Dios sonreía.

La humanidad se olvidaba de su Creador y adoraban al becerro de oro.

Entre los lastimeros quejidos de los unos, las horribles imprecaciones de los otros, las carcajadas impías y los ayes de dolor, resonó la voz del ángel de las tinieblas, que gritó orgullosamente: «¡Vencí al Invencible! ¡El mundo es mío!»

Y el Señor Dios sonrió; bajó los ojos hacia la tierra y vió que el mundo era bueno.

Los ruidos que llegaban desde todos los puntos del universo fueron apagados por otros que hicieron que el Señor Dios interrumpiera el paseo que daba por los cielos.

Arcángeles, ángeles y serafines, profetas, santos, beatos y justos habían cesado de cantar alabanzas al Señor Dios de todo lo creado.

Los celestiales coros no se oían en los cielos, las arpas celestes enmudecieron, quebráronse las cuerdas de las divinas liras, y á la celestial música sucedió un llanto terrenal.

Arcángeles, ángeles y serafines lloraban silenciosamente; profetas, santos y beatos lanzaban ayes de dolor y mesábanse los cabellos, mientras que los justos querían forzar las puertas del cielo para bajar á la tierra y confundir al ángel malo.

Y mientras tanto el Señor Dios sonreía.

San Pedro, á quien dió Dios poder para atar y desatar en la tierra y á quien confió las llaves del cielo, entró precipitadamente en el salón del trono, donde se hallaba el Señor Dios, y arrojándose á sus pies y entregándole las llaves, dijo:

– Señor, de nada me sirven estas llaves. Por las puertas del cielo ha mucho tiempo que no entra un justo. Por las puertas del cielo, Señor, quieren salir los justos que en él se encuentran para bajar á la tierra y confundir al rey de las tinieblas, y á mí me falta autoridad para impedirles la salida, pues también yo saldría á librar á la humanidad de las tentaciones de Luzbel.

– ¿También tú, Pedro?, dijo el Señor Dios. Reune la corte celestial para que me exponga su deseo que ya conozco.

– ¿Para qué entonces, Señor? Haced lo que ellos quieren y...

– Todos, como Tomás, necesitáis ver para creer; yo haré que veáis y de una vez creeréis. Vé y obedece, Pedro.

Obedeció el portero de los cielos; reunióse la corte celestial y en ella expusieron los santos profetas, justos, mártires, ángeles, arcángeles y serafines su caritativo deseo de que cesara el poder que sobre los hombres tenía el rey del mal, el padre de la tentación, el que se rebeló contra el Señor Dios.

Sonriente escuchó el Dios de Israel la súplica que se le hizo.

Los habitantes del cielo se quejaban de que la maldad reinaba en la tierra y querían librar á los humanos de las penas del infierno, en las que incurrían á pesar de sus plegarias y de los buenos pensamientos que querían inspirarles:

– Nuestro poder es más limitado que el de Satán, decían. Desaparezca la tentación, y el mundo...

– No será bueno, interrumpió el Señor. Mas ya que queréis enmendar la plana á Dios, *¡Sea! Ved y así creeréis.*

Apenas las palabras del Señor Dios resonaron por todos los ámbitos del mundo, apareció en medio de la corte celestial el ángel hermoso, aquel que tuvo valor bastante para sublevarse contra su Creador.

– Señor, dijo, adivino tu pensamiento, y adelantándome á tu mandato, vengo á cumplirlo. Si yo fuí el único que contra ti se rebeló, fué porque yo solo era capaz de comprender tu grandeza. Los pequeños y los ruines no se rebelan porque sienten su pequeñez. Por envidia me sustraje á tu poder, y aún sigo envidiándote; mas me ofreces una ocasión de humillar á todos éstos que me desprecian y con júbilo la acepto. Tú sabes, Señor, que en mi maldad soy casi tan grande como tú.

Esta satánica afirmación fué acogida con murmullos de desaprobación y protesta.

– Callaos, rugió el demonio. Yo quise luchar con el Señor para ser tanto como él, prueba de que comprendía toda la infinitud de su sabiduría y á poseerla aspiraba. ¿Qué sabéis vosotros de sabiduría infinita, viles cortesanos? ¿Deseáis que aleje yo del mundo á mi amada hija la Tentación? Alejada está. ¿Queréis que arranque del corazón de los hombres los gérmenes de todos los pecados y de todos los vicios? Arrancados están. La estupidez humana bastará para condenarlos. Vuestro es el mundo. A mis tinieblas me vuelvo y allí esperaré los resultados de vuestro reinado en la tierra.

Se hundió Luzbel en las profundas obscuridades del infierno.

El Señor Dios dijo entonces:

– Con sangre de mi hijo, que es mi sangre, redimí á la humanidad, y creéis que no hice bastante. Pedid y se os dará, dije. Habéis pedido y os doy lo que pedís. El mundo es vuestro: he apartado de él el mal; la bondad absoluta reina en él.

Ya veréis, añadió mirando hacia la tierra, y se alejó sonriendo.

. . . .

Refiere una leyenda que una hermosa mañana, hace de esto mucho tiempo, todos los hombres se convirtieron en buenos y virtuosos, pero tan buenos y virtuosos como nunca habían sido.

Lo ocurrido era extraño, sorprendente, maravilloso. Padres había que creían ver por vez primera la cara de sus hijos. Hermanos que habían sido Caínes resultaban inseparables como Pílades y Orestes. Las Mesalinas de la víspera eran todas Artemisas. Los avaros derrochaban á manos llenas el oro que habían amontonado. Los que con puñales desgarraron el corazón de sus semejantes, eran entonces enfermeros que sanaban las llagas de sus hermanos con más cuidado y esmero que el mismo San Vicente de Paúl.

El mundo era una balsa de aceite.

Un día el Sumo Pontífice reunió en torno suyo el colegio de cardenales, vicarios, camarlengos, notarios y protonotarios apostólicos, generales de las órdenes, misioneros, etc., etc., y los habló en los siguientes términos:

– Hermanos míos: ¿Cómo ha sucedido esto? Yo no lo sé; pero el hecho es incontestable; vosotros y todos los que con semblante humano nos hallamos en el mundo, somos igualmente buenos y virtuosos. Esta maravillosa cuanto innesperada transformación viene á cambiar la faz del mundo. Entre el Creador y la criatura no se necesitan ya intermediarios. Los hombres caminarán de hoy en adelante por la vía del bien sin necesidad de guías que los aconsejen. Este báculo que depongo, esta tiara, esta silla gestatoria y todo lo demás se guardará en un museo destinado á recoger y conservar todos los emblemas y ornamentos del orden religioso. Yo me voy de este Vaticano en donde nada me resta que hacer, y dejo para los nuevos usos á que sin duda se destinarán el colosal San Pedro, el soberbio Laterano, el espléndido San Pablo; en resumen, las trescientas sesenta y cinco entre basílicas é iglesias que encierra la Ciudad Eterna. En lo demás ya pensarán los otros. Mi misión y la vuestra ha concluído. Los hombres nacerán y morirán (lástima que tengan que morirse), se unirán y separarán sin necesidad de sacerdotes. Preces, oraciones, indulgencias y votos no habrá ya, puesto que no se cometerán pecados mortales ni veniales; y en cuanto á cantar alabanzas al Señor, se cantarán en todas partes para alabar la misericordia de Dios, que es infinito. Por lo tanto, queridísimos hermanos, separémonos en paz y siga cada uno su camino.

Concluído el discurso del venerable anciano, los cardenales, vicarios, camarlengos y séquito, sin abrir la boca ni pronunciar palabra, se separaron y ya no se habló más de ellos.

En el palacio del rey ocurrió algo parecido. Apenas se despertó el jefe del Estado, convocó á los príncipes de la sangre, dignatarios y demás caterva de cortesanos. Después, fiel como siempre á las prácticas constitucionales, llamó á los ministros y presidentes de las Cámaras, y les dijo:

– Señores: El faustísimo acontecimiento que aquí nos reune por última vez os es tan conocido como á mí. No me detendré por consiguiente á referirlo. Rey constitucional, reino, pero no gobierno: por eso he reinado hasta este momento y vosotros habéis pen-



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por **Baldomero Galofre**. Reproducción directa del álbum del artista

sado en gobernar como vuestros antepasados. Este organismo sutil, complicado ficticio, que se llama monarquía ó república, según los casos, el gobierno, en fin, me parece que ya no tiene razón de ser. Y digo que me parece, porque un rey constitucional debe discurrir siempre con el seso de sus ministros, y no se puede en verdad saber si lo que le parece á él les parecerá lo mismo á ellos. Por mi parte estoy preparado á todo Si, como creo, me decís que me vaya me iré, y se irán todos los fieles servidores que hasta hoy tan buenos servicios me han prestado haciendo de comparsa en la comedia que estábamos representando. Pensad, señores ministros; que discuta el parlamento. Yo, como Pilatos, me lavo las manos.

No digo que el oficio de rey, aun como lo ejercía, no fuese un buen oficio, pero Dios sabe si tenía también sus espinas. No será, pues, una gran desgracia el poderme librar de una vez de esas molestias. Por otra parte, no me ha costado gran trabajo el tener que acomodarme á los usos que desde hoy rigen, ya que, dejando á un lado la modestia, he sido siempre bueno y virtuoso. No sé si todos vosotros podréis decir otro tanto, pero lo celebraría.

Terminó el príncipe su discurso en medio del mayor silencio.

Inclinaron todos respetuosamente la cabeza, tanto por adhesión como por costumbre, y luego cada uno se fué por donde había venido.

Alrededor de una gran mesa cubierta con tapete verde se hallaban sentados los consejeros de la corona, presididos por el ministro de Hacienda, como dueño de las llaves del Tesoro.

– Seguro como estoy, dijo éste, y como debemos todos estarlo, de que en cuanto ocurra un gasto necesario se apresurará todo el mundo á contribuir en la medida de sus fuerzas, sin que haya la menor alteración, soy de opinión que los millones recaudados que existen en las arcas de la Hacienda se reintegren á los contribuyentes. Será la primera vez, desde que el mundo es mundo, que se presente caso semejante; pero también es esta la primera vez que la humanidad obra bien.

El ministro de la Gobernación usó después de la palabra

– Será breve mi discurso. Se abrirán de par en par las cárceles y se suprimirá la policía. La benemérita será licenciada. Respecto á los establecimientos benéficos, de caridad, hospitales, etc., la caridad pública cuidará de ellos.

– No siendo ya posible las guerras de conquista ó dinásticas, las invasiones, los motines y revoluciones, mando á sus casas á todos los individuos del ejército y devuelvo á la agricultura y á la industria los brazos que tanto necesita.

Así habló el ministro de la Guerra.

– Por las razones expuestas elocuentemente por el ilustrado ministro de la Guerra, haré otro tanto con la marina. Los navíos, buques, cruceros, guardacostas, etc., pasarán al servicio del comercio.

El ministro de Gracia y Justicia habló de esta manera:

– De todas las maravillas que en este día hemos presenciado, ninguna tan grande como la de que el mando exista sin abogados. Pero suprimidas de pronto la injusticia, la avaricia, la soberbia y la lujuria, no hay ya razón de ser para que existan los jurisconsultos que á costa de aquellos vicios medraron desde Ulpiano y Modestino hasta nuestros días. Desaparecen los abogados, los tribunales en todas sus instancias, los procuradores, escribanos, alguaciles y demás aves de rapiña. Desaparecerán también los grandes centros en que se confeccionaban las leyes redactadas en estilo bárbaro y luego transformadas, merced á un lenguaje sibilítico y obscuro; por lo mismo sería ridículo suponer que habría alguien tan estúpido que pierda el tiempo estudiando el medio de impedir abusos ya imposibles ó regular pasiones que ya no se conocen. ¡Oh dignidad senatorial y de los diputados tan ambicionadas y de las que tanto se ha abusado, también vosotras desaparecéis como el humo, del mismo modo que las demás partes del caduco edificio, nacido y desarrollado á impulsos de nuestra maldad, amasado con el cemento de la farsa, y de la impudicia.

A propósito de la farsa, le llegó su vez al ministro de Estado, que demostró que el famoso equilibrio europeo logrado á costa de farsas, de hipocresías, de mentiras y subterfugios, cambiaría de aspecto, muerta y enterrada la diplomacia. Ni el más insignificante agente consular conservaría su destino, toda vez que en ninguna parte del mundo se dará el caso de que una persona necesite protección ni tutela. Desaparecieron los odios de pueblos y naciones. La sentencia del doctor Pangloss, de que tanto se burlaron sus contemporáneos, será ahora una verdad sacrosanta.

Los demás ministros se expresaron en términos semejantes. Unicamente se promovió discusión acerca de la necesidad de la instrucción, que unos afirmaban y otros combatían. ¿Para qué ha de estudiar la humanidad superlativamente buena y virtuosa, no siendo ya susceptible de mejoramiento? ¿No sucedería que el saber, funesto en otra ocasión para el género humano, destruya con el tiempo los buenos efectos de la virtud, que tan felices nos hace ahora? Y aunque se concediese la necesidad de dar abasto al insaciable afán de saber, innato en el hombre, ¿deberían conservarse las ciencias antiguas que no pudieron ó no supieron impedir los vicios y miserias que afligieron á la humanidad? ¿Qué ciencias deberán conservarse?, ¿la jurisprudencia, las ciencias morales? Unas son viejas, otras inútiles y otras falsas. La disputa duró largo tiempo y no se tomó acuerdo definitivo. Sin embargo, en tanto se llegaba á él, se decidió hacer *tabula rasa* de los antiguos conocimientos escolásticos, convencidos todos de que nada se perdía con ello.

Pero ignorantes ó sabios, viejos ó jóvenes, feos ó guapos, pobres ó ricos, todos los hombres quieren vivir, y para vivir hay que buscar el pan de cada día, que no cae llovido del cielo como el *maná* de los hebreos. Por otra parte, el hombre es animal de costumbre y no puede renunciar fácilmente á sus antiguos hábitos.

Por lo cual, á pesar del nuevo estado de cosas, todos seguían con sus antiguas ocupaciones diarias.

Esta situación duró poco; cayeron los hombres en la cuenta de que esta vida miserable no merecía la pena de trabajar.

La tierra es como si dijéramos una estación de paso; no es más que el camino del cielo, y para ir de camino ¿qué necesidad hay de muchas cosas?

Cuando los hombres eran malos trabajaban para procurarse placeres naturales.

Cultivaban el gusano de seda para engalanarse con lujosos vestidos; labraban la tierra para producir la uva, con la cual fabricaban los exquisitos vinos de España, Italia y Francia; bajaban al fondo de los mares en busca de las perlas que aumentaban la belleza de las mujeres. Pero ¿no producía la seda la pasión del lujo? La uva exprimida ¿no causaba la embriaguez? Los adornos de perlas y diademas ¿no excitaban la vanidad? Y el lujo, la embriaguez y la vanidad ¿no daban nacimiento á la envidia, á la gula, á la colera, á la lujuria y á todos los pecados capitales?

Convencidos los hombres de estas verdades, abandonaron la agricultura, la industria y el comercio.

Alimentábanse de hierbecitas del campo, cubrían su desnudez con pieles de animales muertos naturalmente, pues ellos no derramaban sangre, y no cambiaban entre sí más que dulces consuelos y morales y sanos consejos.

Huyeron los hombres de los grandes centros de población.

Las ciudades quedaron todas abandonadas como Pompeya desenterrada.

Aquel mundo lleno de pasiones, de movimientos y de vida se convirtió en un mundo de anacoretas. La humanidad no ha conocido nunca el justo medio de las cosas, y aun llevó más allá la exageración.

Pensaron hombres y mujeres que la castidad es el estado perfecto, y se decidieron á ser castos.

La última alegría que había en la tierra se la llevó la castidad.

Ya no se oían las alegres carcajadas de los niños ni reían las madres viendo saltar sobre sus rodillas á sus sonrosados pequeñuelos.

La tierra toda era un cementerio.

Los hombres huían de las mujeres para evitar las tentaciones de la carne, y para vencerla propinábanse disciplinazos y la martirizaban con cilicios.

Pasaron algunos años, y como todos eran castos la raza humana se acababa.

La virtud era señora del mundo, reinado que compartía con el aburrimiento; pero ¡qué aburrimiento!, aburrimiento que ni aun la murmuración permitía, pues murmurar es pecar.

Esto ocurría por aquí bajo. ¿Y qué hacían los santos en el cielo?

Desocupados y mano sobre mano no intercedían por los hombres, que no necesitaban su intercesión.

A los oídos de Santa Rita no llegaba plegaria alguna, pues los hombres no solicitaban imposibles.

A San Antonio ninguna doncella le pedía novio, puesto que todas querían ser enterradas con palma.

Santa Polonia pasaba el día y la noche durmiendo, pues cuando á algún mortal le dolían las muelas, aceptaba el dolor con paciencia y resignación, y lo consideraba como una prueba que le colocaba entre los elegidos del Señor.

San Ramón Nonnato había presentado la dimisión del cargo, y así todos los demás santos y santas.

San Pedro había abandonado la portería del cielo. Cuando todo el mundo tiene derecho á entrar en algún sitio, ¿qué falta hacen puertas ni llave? Lo que más desconsolaba á los santos es que ya no entraban en el cielo niñas, que allí, como en la tierra, son la alegría de los buenos.

En una palabra, en el cielo reinaba también el aburrimiento.

Comenzaban ya los santos á darse cuenta de que se habían equivocado, pero nadie se atrevía á confesar su error y á pedir al Señor Dios que pusiera remedio.

Así las cosas, quédense por ahora los santos en el cielo y bajemos otra vez á la tierra.

¿Podía durar aquella situación?

Los hechos vinieron á demostrar que no.

En el corazón de los mortales había muerto toda mala pasión, pero había quedado la emulación: la emulación por el bien, y esta emulación estaba más desarrollada en las mujeres que en los hombres. Todas rivalizaban en la virtud y todas creían ser la mejor entre las mejores.

Cierto día hallábanse dos hijas de Eva regalándose una buena tanda de disciplinazos.

Una de ellas dijo á la otra:

– Hermana mía, muy obediente tienes la carne, cuando tan poco aprietas. Mira cómo de mis espaldas brota la sangre, mientras que las tuyas apenas se enrojecen.

– Considera, hermana, que mis carnes están encallecidas y las tuyas están aún suaves y finas, lo cual prueba que pocas veces las azotaste.

No será necesario continuar el diálogo que entre las dos sostuvieron; basta con el principio, que las puso en desacuerdo, para adivinar que rota la armonía, el final había de ser desastroso; y tan desastroso fué como que hubo necesidad de separar á las dos hermanitas que en su emulación por el bien se prodigaban sendos disciplinazos, una para probar á la otra que daba con más fuerza, y ésta para demostrar que si de sus espaldas manaba sangre, era porque las carnes de aquélla estaban menos castigadas que las suyas.

En esta contienda una salió vencida, mas no convencida.

Se sintió humillada, y la mala pasión de la venganza nació en su corazón. Era más débil que su rival y buscó una alianza.

Un día encontró un hombre y no huyó de él.

Se paró, le miró con ojos lánguidos y... se repitió la escena del paraíso, sin necesidad de manzana ni serpiente.

Entonces se oyó una estentórea voz que gritaba:

– ¡El mundo es mío!

Era la voz de Luzbel.

Este grito despertó á los santos que aburridos dormían en los cielos.

– Mirad á la tierra, exclamó el Señor Dios.

Y los santos vieron y creyeron.

El mal había nacido del bien.

– Quisisteis enmendar la plana á Dios, dijo el Señor. ¿Creéis que el hombre comprendería el bien si no hubiera mal? De mis manos había de salir el mejor mundo de los posibles.

Y los santos miraron al mundo y vieron que el mundo era bueno.

Rafael M.ª Liern

SECCIÓN AMERICANA

LOS AMORES DE SAN ANTONIO

(Conclusión)

Antonio era indio puro, sin mezcla ni cruce: de facciones correctas, delicadas y suaves, como la mayoría de los hombres quichuas; de ojos vivos, mirada penetrante y apasionada, revelaba no común inteligencia y un no sé qué de distinción que acusaba superioridad y mando.

Hacía frecuentes y largos viajes para vender pepitas de oro buscadas por él en apartados riachuelos, según decía, pero la verdad solamente la vieja sirviente y Antonio la sabían.

Lo más probable era que las tales pepitas fuesen herencia escondida en sitio seguro, y poco á poco extraída según las necesidades.

El miedo á ser descubierto si se presentaba dos veces en el mismo sitio, hacíale emprender larguísimos viajes para vender su tesoro, que trocaba luego por objetos de necesidad, víveres y adornos para la mujer adorada. Tardaba algunas veces dos meses en volver á casa, y sucedía esto cuando se dirigía á poblaciones tan apartadas como Quito, el Cuzco, Are-

quipa y otras para llegar á las cuales necesitaba caminar veinte ó veinticinco días.

Sabía el indio que los conquistadores rastreaban el oro y la plata mejor que el sabueso más fino, y sabía también que si olfateaban su tesoro le pondrían en el tormento hasta que dijese dónde estaba.

Mientras Antonio hacía sus frecuentes viajes, quedábanse solas María y su vieja compañera, rezando ambas al querido santo para que con bien volviese á la choza el que era alegría y contento de sus almas.

Jamás había apilado Antonio piedras, como hacían y hacen los indios para probar la fidelidad de sus mujeres durante su ausencia; tenía tal fe en su María, que por ofensa hubiera tenido mancillarla con una duda.



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldomero Galofre. Reproducción directa del álbum del artista

Cuando el indio sale de su casa por algunos días, coloca en el camino varios montoncitos de piedras, que si al regreso encuentra intactos, dicho se está que le ha sido fiel su compañera, así como desmoronándose alguno levanta el palo antes de transponer los umbrales del hogar para medir las costillas á la perjura como primer saludo.

Cualquiera supondrá que semejantes manifestaciones de cariño son duras de soportar para la esposa inocente; pues no, señor. Como quiera que la india á quien su marido pega por celos fundados ó infundados recibe una honra y una estimación grandísimas, esposa hay que desmorona por sí propia los montoncitos que hace su hombre, para pregonar muy alto que su marido la quiere porque tiene celos.

Si dos indias riñen, el mayor insulto que se dirigen es éste:

«Anda, mala mujer, que tu marido no te cela; á mí me pega por celos, tú eres un trapo.»

Esto será simplemente una salvajada, pero yo le encuentro cierto sabor filosófico y un tufillo naturalista, que francamente no deja de regodearme el cerebro.

Antonio llevaba dos años casado y jamás había querido ofender á su María con semejante prueba, en la cual por otra parte no creía, pues que su inteligencia estaba sobre el nivel ordinario del indio inculto.

Acompañábale en una larga expedición otro indio, vendedor de hierbas medicinales, que de cuando en cuando hacía una parada para formar el montoncito consabido.

– ¿No eres casado?, le preguntó.

– Sí.

– ¿No quieres á tu mujer?

– La idolatro.

– ¿Por qué no pruebas su fidelidad entonces?

– ¿Para qué? Ya sé que me adora.

– No seas tonto; las mujeres que más aman de cerca suelen ser las primeras en olvidar.

– Mi María no es de esas.

– ¿Acaso no crees en lo que nosotros creemos?

Antonio vaciló: no se atrevía á decir que no; podían suponerle desapegado de los suyos, y esto no era cierto.

– Voy á darte gusto, dijo. Cuando estemos á dos leguas de mi casa haré un montón bien grande, pero no haré más; para probar basta con uno.

– Si lo haces muy grande no podrá caerse.

Antonio se sonrió. – Si María me fuese infiel se derrumbaría un castillo que levantase para hacer la prueba, dijo con firmeza.

***

María y Quica, la vieja india, habían quedado solas como siempre.

Hilaban, vivían en santa paz, rezaban sus largas y cuotidianas oraciones y dormían con la tranquilidad del justo, soñando la joven con el regreso del amante esposo y Quica con el brillante pasado de aquella tierra que veía hollada por extranjeros que no eran hijos del Sol y que á tan triste condición habían reducido á los incas.

Descansaban una noche tormentosa, arrulladas por los truenos, la lluvia y el granizo, como quien está habituado á semejantes estruendos; pero despertaron de pronto sobresaltadas, oyendo golpes repetidos en la poco segura puerta que daba entrada á la choza.

Levantóse Quica seguida de María y abrieron sin preguntar quién á tales horas llamaba, como el que no teme ser asaltado.

– Algún pobre indio que pide refugio, pensaron.

Un relámpago muy vivo iluminó la figura del que tan recio llamaba; era éste un español joven, hermoso como el San Antonio, blanco, rubio, de ojos azules cual turquesas limpísimas y varonil continente, que delataba á un militar apuesto y arrogante.

– Vengo calado hasta los huesos, dijo en muy mal hablado quichua, y además mi caballo se ha caído y estoy herido en una pierna: sufro bastante y quisiera que me dieseis hospitalidad por esta noche.

– Por esta noche y por las que quieras, señor, contestó María hablando bastante bien el castellano. Mi marido está de viaje, pero eso no importa: tienes rostro de ángel y tu alma debe corresponder al rostro. Pasa.

La india habló á Quica en su lengua, pues que no entendía otra, dándole órdenes.

A pesar de su herida, que no era grave, desensilló el recién llegado su caballo, guardáronse los arreos, y después de maniatar suavemente al animal dejólo suelto para que buscase su madre de Dios, rumiando *champa* llena de tierra, única cosa que podían darle por entonces para entretener el hambre.

Quica encendió fuego.

– ¿Tendrás apetito, señor?, dijo María.

– No, contestó el caballero. Quisiera que me pusieseis algo en la herida, porque me molesta bastante; vosotras conocéis muchas hierbas medicinales, y después procuraré dormirme si me proporcionáis en donde.

– Aquí, dijo María, en mi cama: no puedo ofrecerte otra.

– ¿En tu cama?

Y el español miró á la india en cuya hermosura no había reparado hasta entonces.

– En mi cama, replicó María bajando los ojos, dominada por la expresión de aquella mirada; ya te he dicho que no tengo otra.

– ¿Y tú?

– Yo he dormido bastante: rezaré mientras tú duermes.

– ¿Eres casada, verdad?

– Sí.

– ¿Cómo te llamas?

– María.

– Como mi madre.

– ¡Ah!

– ¿Qué?

– Nada; me alegro.

– ¿Por qué?

– Porque antes me has mirado de una manera que me dió miedo, ahora no temo: mirándome te acordarás de tu madre.

– Eres una india muy lista y muy hermosa.

María se ruborizó.

– Acuéstate, dijo, entretanto Quica prepara lo que ha de ponerte en la pierna.

El capitán, pues que lo era, se quitó la ropa, que como había dicho estaba calada, y con las precauciones debidas al pudor se acostó en el duro lecho, todavía caliente, de la india.

Jamás sensación igual de placer habían sentido sus miembros yertos y doloridos: aquel calorcillo de las mantas de lana le produjo sueño inmediatamente; y cuando Quica fué á curarle la pierna, dormía tranquilo como si estuviese sobre colchones de pluma.

La india quiso despertarlo, pero María se opuso.

– Déjalo dormir, dijo. ¡Pobre! Está cansado: mírale con cuidado las piernas y no te será difícil encontrar la herida.

Obedeció Quica; su ama le alumbraba, pero mirando fijamente el rostro del hermoso español. ¡Era más lindo que San Antonio! Sí: jamás había visto María un hombre como aquél. Viera otros españoles, ya lo creo, muchos; pero tan guapos, tan guapos, no: ninguno.

¡Así debía ser Dios! Porque no era posible idearlo más bello.

¡Dios! ¡El *taita* grande! El que adoraba sin conocerlo; que estaba sentado allá, encima del sol y encima de la luna y encima del cielo; el que mandaba los truenos, los rayos, el agua y el granizo; sí, aquel Dios con ser tan hermoso no podía parecerse al que tenía delante. Era éste más joven y menos adusto; aquél castigaba por todo y castigaba con horribles penas; ¡éste parecía tan bueno! ¿Si sería su hijo?, aquel hijo á quien crucificaran y que reviviera luego, para no morir jamás. ¿Por dónde habría bajado de allá de lo alto? ¡Qué tonta! Sí que podía bajar. ¿No tocaban en el cielo los picos de las montañas? Por allí, por allí habría bajado. Se lo preguntaría cuando se despertase: no le cabía duda: era más hermoso que San Antonio, y para ser más hermoso que un santo tenía que ser hijo de Dios ó el Dios mismo.

El capitán hizo un movimiento de dolor, lanzó un débil gemido y abrió los ojos: María, que seguía mirándole fijamente, no desvió los suyos.

– ¿Te duele?, preguntó amorosamente.

– Poco, no es nada.

– Duérmete de nuevo, ya está lista: es poca cosa; mañana te encontrarás mejor y antes de ocho días curado.

– Mañana tengo que proseguir mi camino, descansaré bien esta noche: tu cama es deliciosa, María. ¡Qué bien se está en ella!

La india sintió una pena inmensa. ¿Se marcharía tan pronto?

Pasó la noche espiando los menores movimientos de su huésped y rezando, rezando por él, por su dicha, por su felicidad. ¿Sería casado? Quizás una mujer tan hermosa como él velaba rezando también por el ausente compañero.

¡Cómo le adorarían las blancas! ¡Qué dicha ser amada por aquel extranjero!

En cuanto amaneció dedicóse María á tapar las muchas rendijas que daban claridad á la choza, y apenas el sol dejó su lecho de rubíes sacó la india la ropa del capitán para secarla y ponerla en disposición de volver á vestirla.

La mañana era espléndida, el sol abrasaba y continuaría de igual manera hasta el mediodía, que comenzase el aguacero; pero las ropas del capitán eran gruesas, y solamente consiguió la india que enjugasen las prendas interiores.

Tampoco se olvidó del caballo y mandó á Quica á buscar alimento para el noble animal, que continuaba rumiando *champa* y con las manos aprisionadas pacientemente.

Era bien entrada la mañana cuando el viajero despegó los párpados.

– ¿Estás á mi lado todavía?, preguntó á la india que sentada junto á la cama parecía extasiada contemplándolo.

– Sí; velaba tu sueño, temía que te despertases, señor.

– ¿Por qué?

– Porque te marcharás.

– Sí, voy á vestirme; dame mi ropa, dijo el capitán sin parar mientes en la seráfica expresión de la india.

– ¿Cómo está tu pierna?, preguntó desentendiéndose de la petición.

– ¡Caramba, mal!, contestó el herido procurando moverse; me duele más que ayer.



ESPAÑA PINTORESCA, estudios del natural por Baldomero Galofre. Reproducción directa del álbum del artista

– No te marches hoy, descansa; tu ropa no se ha secado todavía, y si la vistes mojada puede hacerte daño.

– Tengo prisa, María, me aguardan con impaciencia.

– ¿Acaso tu esposa?

– Todavía no lo es, pero lo será pronto.

– ¿No eres casado?

– Voy á casarme precisamente.

La india sintió ganas de llorar.

– Bien, dijo después de un rato, es necesario que te cures primero; entretanto la pierna te duela no puedes montar. No tengas cuidado por tu caballo; he mandado á Quica para que traigan algunas cargas de pienso; tampoco á ti te faltará nada de lo que yo pueda darte.

– Gracias, María, pero me es imposible aceptar, creerían que me he muerto.

El capitán hizo un movimiento para incorporarse y se acostó de nuevo: la pierna le pesaba un quintal y le dolía mucho, debía estar inflamada.

– Pues me habré de quedar á la fuerza, dijo; hoy no podría tenerme en pie.

Un rayo de felicidad inundó el rostro de la india. tenerle unas horas más; gozar un día, acaso dos de la presencia del hombre hermoso, era una dicha demasiado grande para que una mujer tan inocente como María dejase de mostrarla.

El capitán la vió sonreir y la encontró divina con la boca entreabierta: cerró los ojos. Cualquiera diría que luchaba con un mal pensamiento.

Tres días estuvo el español en la choza de la india, al cabo de los cuales si su pierna no se había curado permitíale al menos montar á caballo, gracias á los remedios y cuidados de Quica.

La noche del segundo día estaba María sentada en el borde de la cama del capitán contemplándole dulcemente, como la madre al niño enfermo cuando después de muchas vigilias logra conciliar el sueño. Los labios de la india no cesaban de moverse; rezaba ó pronunciaba frases tiernas, la expresión de sus ojos la delataba.

Es indudable que cuando se mira fijamente á una persona dormida, levanta ésta los párpados asustada, aunque después de reconocer á quien le contempla, yuelva á cerrarlos rebujándose en una atmósfera mimosa, si se trata de persona que nos inspira ó á quien inspiramos cariño.

Esto sucedió al capitán: dominado por la mirada de su enfermera, abrió los ojos, pero los volvió á cerrar echándola los brazos al cuello y atrayéndola sobre su pecho. María creyó morir de placer; sin embargo, se alzó rápida como gacela tímida y corrió á postrarse delante de San Antonio en actitud suplicante. El español se incorporó, despertando completamente y dándose cuenta de la verdadera situación.

– María, dijo con voz dulce, ven, no temas nada, estaba dormido: te juro que ni un mal pensamiento abrigo hacia ti, te lo juro por mi madre.

La india se levantó, acercándose de nuevo con timidez y muy impresionada.

– ¿Te has asustado, María?, dijo el capitán acariciándole una mano. Pordóname; abrí los ojos y tropecé con los tuyos, que me miraban con amor, con el mismo amor que me has cuidado desde que he llamado á tu puerta; en este momento me olvidé de todo, de quien eres, de quien soy, de tu fe de esposa, de mis juramentos de caballero y de amante; veía en ti la expresión de todos los afectos, te creí mi madre, mi amada, mi hermana;... todo me parecía reconcentrado en tu persona; por eso falté, sí, falté á tus bondades, á tu honra de fiel casada, á todo: perdóname, María, ¿me perdonas?

Y el capitán posó sus labios en la mano suavísima de la india.

Esta vaciló un momento y cayó desplomada sin pronunciar palabra.

El capitán se levantó, llamó á Quica, y entre los dos acostaron á la india en la cama que él acababa de dejar. María no recobraba el sentido y la vieja sirviente lloraba con amargura.

– Vete, señor, dijo Quica; vete antes que vuelva en sí; pronto amanecerá; voy á buscar tu caballo. Si quieres pagar á esta desgraciada la hospitalidad que le debes, márchate antes que pueda volver á verte.

– ¿Pero sin despedirme?

– Sin despedirte; la matarías.

– Está bien, Quica. Tráeme mi caballo cuando quieras; pero cuídala mucho: que no se muera, ¿oyes?, que no se muera.

Rayaba el alba cuando el capitán partía á galope, después de haber estampado un beso fraternal en la casta frente de la india.

Poco más de dos leguas habría caminado, y la pierna comenzaba á molestarle.

– Descansaré un poco, se dijo, apeándose; todo se reducirá á que haga jornadas cortas.

Sentóse el capitán y dió larga rienda á su caballo, que comenzó á olfatear la engañadora *champa*, y acomodóse como mejor pudo.

– ¡Pobre María!, pensaba abstraído. Me amaba, ya lo creo que me amaba; estas indias con su imaginación fantástica y ardorosa son encantadoras, cuando se trata de una tan bella y tan aseada como ésta; y la verdad es que me hubiera seducido si continúo á su lado muchos días... Pero hubiera sido una infamia: es una joven honrada, es un ángel de inocencia; me ha cuidado como si fuera mi madre. Quica tuvo razón aconsejándome partir antes que volviese en sí.

Y el capitán, distraído, cogía piedras de un montón que tenía á su derecha y las iba esparciendo sin darse cuenta, mientras la mente vagaba por la pobre choza en donde había dejado sin sentido á una mujer que jamás podría olvidarlo.

¡Oh! El tampoco olvidaría á la india, la recordaría siempre con gratitud, casi con amor.

Cerca de una hora pasaría descansando y tirando piedras sin cesar como si lo hiciese de intento.

– Vamos, dijo, ya he descansado un buen rato: si continúo de este modo soy capaz de pasar aquí el día y luego tendré que volver á pedir hospitalidad á la india María...

¡Volver á la choza! De buena gana hubiera vuelto el capitán. ¡Cuánto diera por saber si había pasado el accidente y qué dijera la enferma al encontrarse sin él... Pero no; aquello era una locura, y él hacía muy mal olvidándose de su prometida, que lo esperaba... ¡Su prometida!... No sabía por qué, pero se le antojaba que no podría olvidar jamás á María, y que su recuerdo, aun entre las sábanas del lecho nupcial, no podría alejarlo de la mente.

Montó el viajero y continuó á buen paso el camino; las piedras quedaron diseminadas, y del montoncito junto al cual se había sentado apenas quedaban unas cuantas reunidas.

***

Quince días tardó Antonio en volver á su casa; ni su llegada produjo como otras veces explosiones de alegría, ni el semblante del indio era el mismo, por más que hacía esfuerzos por aparentar tranquilidad.

María estaba enferma, y por cierto que su aspecto delataba los sufrimientos; se abrazaron como siempre, con cariño, con amor, pero sin alegría: ninguno de los dos sabía á qué atribuir el cambio.

Los días eran tristes para ambos; la duda amargaba cada vez más el alma de Antonio, su esposa estaba encinta; y esto, que en otro tiempo le hubiera llenado de alegría, servíale entonces de torturas horribles.

Ni María ni Quica le habían hablado de la estancia del español en la choza; pero descubriólo por casualidad, y entonces no tuvo límites su furor; acusó á María de haberlo engañado; lo comprendía todo: las piedras no habían mentido; las tradiciones de sus mayores eran sagradas.

Ni lágrimas ni ruegos ni juramentos pudieron convencer al celoso marido. María le había sido perjura, y el ser que en sus entrañas vivía era fruto de criminales amores: así pensaba Antonio.

– Si me confiesas la verdad te perdono, le dijo un día después de maltratarla furiosamente.

– Mátame, Antonio, pero mi hijo es tuyo: te lo juro por esta imagen que nos mira.

– Está bien, contestó; puedes vivir tranquila; hasta que nazca no volveré á decirte una palabra. Si es mío, será de nuestra raza; si me has engañado, tu hijo te delatará como tú delatas una traición de la princesa Chuilca. Si es indio es hijo mío; si no... le mataré en cuanto me convenza de tu infamia.

La india lanzó un grito de horror.

– Bien, dijo reponiéndose; acepto, pero prométeme que no dudarás de mí hasta que lo veas; será indio porque es tu hijo; entonces te arrepentirás de haberme martirizado: tengo bastante.

María rezaba diariamente á la imagen querida de San Antonio: eran aquellos los momentos en que podía entregarse con alma y vida al recuerdo del hermoso extranjero que le había dejado el corazón lacerado. Ya no veía en el rostro del santo sus primitivas facciones; veía las del capitán, sentía el beso en el dorso de su mano derecha y el influjo de su mirada desvanecía completamente su pensamiento haciéndola caer en sopores dolorosos ó en éxtasis sublimes.

Llegó el día ansiado por ambos; María esperaba aquel consuelo que vivía en su seno, como se espera la felicidad única; él borraría de su imaginación enferma aquellos extravismos; él haría que Antonio tornase á ser el esposo amante haciéndola olvidar á un hombre que á pesar de su voluntad vivía enseñoreado de sus pensamientos. Antonio sentía el afán incesante de perdonar, de acariciar á María; y aquella criatura debía decidir la felicidad ó la desgracia eterna: este era el atroz dilema.

Después de muchas horas de augustia sintió Antonio el primer vagido del ángel, y ciego, frenético, se lanzó sobre él para leer en sus facciones, en su color, en sus ojos, la inocencia ó la infamia de su esposa.

Quica se interpuso enérgicamente.

– Aguarda, le dijo, no mates á tu hijo antes de mirarle; le verás cuando yo te lo entregue.

Antonio se contuvo á pesar suyo, intentando arrebatarlo de manos de Quica.

– Te mando que salgas, Antonio; obedéceme: soy anciana y tengo los derechos que nuestra raza me concede: tus padres te maldecirán desde *allí* si no quieres escucharme.

– Te obedezco, pero no tardes en llamarme; no pruebes mi paciencia porque no respondo...

Y el indio salió de la choza con la cabeza baja.

– Es un niño, dijo Quica; un niño hermoso...

María sintió una ráfaga de orgullo y levantó los ojos hacia el San Antonio, testigo de sus dolores y de sus aflicciones.

Quica lanzó un grito.

– Tiene los ojos azules, dijo, es rubio... es blan...

No había terminado la frase, cuando loco, furioso, penetró Antonio en la choza rugiendo como león enjaulado, y arrebatando la criatura que la vieja india tenía en su regazo, salió de nuevo lanzando alaridos de dolor y desesperación.

María, medio muerta, le siguió dando gritos y jurándole que era su hijo; pero Antonio no escuchaba, y corría, corría siempre con su ligera carga, sin que las dos infelices y desesperadas mujeres pudiesen alcanzarle ni contenerle.

Le vieron subir las peñas volando más que corriendo, sin sombrero, con las greñas cubriéndole los ojos y sin atender ni súplicas ni lamentos.

María cayó exánime, no tenía fuerzas para seguirle en su carrera; ya na podía gritar, se ahogaba; pero le veía, le veía subir como un tigre hambriento desgarrando su presa, al hijo de sus entrañas, al hijo que por milagro de aquel San Antonio había salido blanco, rubio y de ojos azules.

Cuando el indio hubo llegado al picacho más elevado de las peñas levantó el niño en alto, enseñándolo á las dos atónitas mujeres, y arrojándolo con fuerza lo despeñó con inaudita crueldad; bajóse luego sin apresuramientos y como si no volviese de cometer el más horroroso de los parricidios.

La india retorcíase desesperadamente llamando á su hijo y maldiciendo al padre inhumano, cuando éste llegó junto á ella, dispuesto á matarla ahogándola entre sus manos.

– Dime ahora que era mi hijo, dijo con voz ronca.

– Sí, lo juro, era tu hijo; pero te aborrezco, te odio: ¡maldito seas!

Antonio apretó con fuerza la garganta de María, ya moribunda, sin que las escasas fuerzas de Quica pudieran contenerle.

Creyendo la fiel sirviente que la presencia de la imagen venerada por ellos pudiese hacer un milagro impidiendo que Antonio consumase un segundo crimen, corrió á buscarla, y como encontrase la hornacina vacía volvió á salir dando gritos

– ¡Antonio, detente; el santo ha hecho un milagro!

El indio, que contemplaba á su esposa muerta á sus pies, oyó con asombro lo que le decía Quica.

Buscaron inútilmente á San Antonio, y cuando el parricida quiso hacer pagar á la vieja india lo que suponía burla de ella para atemorizarle, vió con asombro que el pico más alto de las peñas, aquel por donde había lanzado á su hijo, modelaba correctamente la figura del santo con el niño en brazos, y tomó por castigo de su infamia el milagro irrecusable que atestiguaba la inocencia de su esposa.

La india Quica fué la única superviviente de aquella tragedia. Antonio se lanzó al espacio en la quebrada de Chaupi-Huaranga, y la vieja sirviente divulgó la tradición á los que después la legaron como artículo de fe á sus descendientes, añadiendo que San Antonio estaba enamorado de María, y que no otro sino el santo en cuerpo y alma era el hermoso español que había pasado tres días en la choza.

Yo no puedo asegurar sino que he visto las peñas y que aquel paraje lleva el nombre de San Antonio; pero como la tradición es la historia poética de los pueblos, creamos á la tradición, siquiera sea para vivir algunos minutos en atmósfera deleitable.

EVA CANEL

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ANÁLISIS DE LOS VINOS

El análisis completo de un vino es operación muy delicada y que requiere gran práctica; por esto, en vez de describir el método que para ello se sigue, sólo

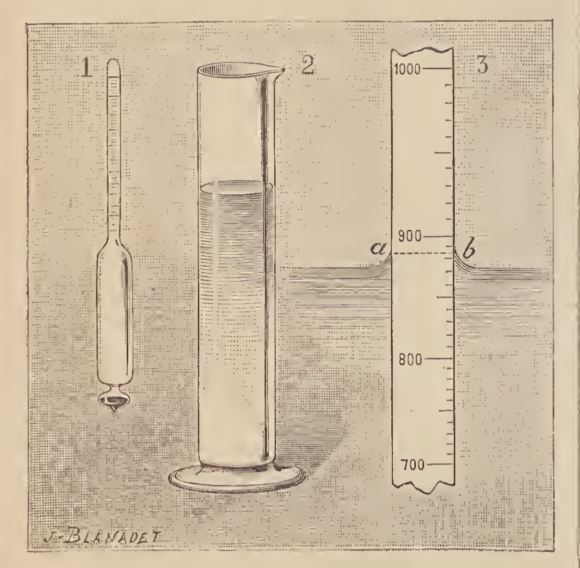


Fig. 1. Determinación de la densidad de un vino

señalaremos á los aficionados á la química algunas determinaciones fáciles, con las cuales se puede apreciar el valor y la calidad de los vinos.

La *densidad* puede proporcionar algunas indicaciones útiles: en los vinos naturales varía de 0'991 á 0,999, y se determina por medio de un densímetro sensible para líquidos más ligeros que el agua (fig. 1, número 1), poniendo la muestra del vino en una probeta (fig. 1, núm. 2) é introduciendo poco á poco el densímetro, previamente secado con un poco de papel *Joseph*; si el instrumento está en equilibrio se nota la división marcada en la escala por el nivel superior del menisco formado por el vino en contacto con el densímetro, es decir, según la línea *a b* (figura 1, núm. 3), procurando que el instrumento no toque á las paredes de la probeta, y que el líquido esté á la temperatura de 15° para la que los densímetros están calculados. Si la densidad obtenida es superior á la antes indicada, es señal de que el vino está adicionado con agua.

La *cantidad de alcohol* contenida en un vino es también un factor importante de su autenticidad. Uno de los métodos más sencillos para determinarla es el de Gay Lussac, aplicado con el aparato Sallerón, cuyo principio consiste en destilar la primera mitad del vino, extender la parte destilada al volumen primitivo y tomar el título en alcohol de este licor con una especie de densímetro de Gay Lussac, llamado alcohómetro centesimal; de esta suerte se obtiene la cantidad de alcohol contenida en 100 centímetros cúbicos de vino. El aparato Sallerón (fig. 3) se compone de una pequeña caldera de vidrio destinada á contener el vino y calentada por una lámpara de alcohol; va cerrada por un tapón atravesado por un tubo que por medio de un chaucho comunica con un serpentín colocado en un refrigerante, por donde constantemente circula agua fría. Este serpentín va á parar á una probeta que recibe el líquido alcohólico condensado y en la que hay marcadas dos divisiones: el volumen indicado por la primera corresponde á la mitad del volumen indicado por la otra. Se mide, pues, este último volumen del vino que se ha de probar, y se le coloca en la caldera; se calienta ésta poco á poco y se recibe en la probeta el líquido destilado hasta que alcanza la altura de la primera división, y entonces se interrumpe la operación: se completa en la probeta el volumen primitivo con agua destilada y se introduce en el líquido el alcohómetro centesimal con las mismas precauciones que en la determinación de la densidad. Como la graduación del alcohómetro está hecha á 15°, hay que tener en cuenta la temperatura del líquido. El grado real de alcohol está indicado por tablas de doble entrada, en donde hay inscritos en la línea horizontal superior los grados alcohométricos, y en la primera línea vertical los de temperatura. Se busca en la línea horizontal el grado alcohométrico obtenido y en la vertical la temperatura, y la

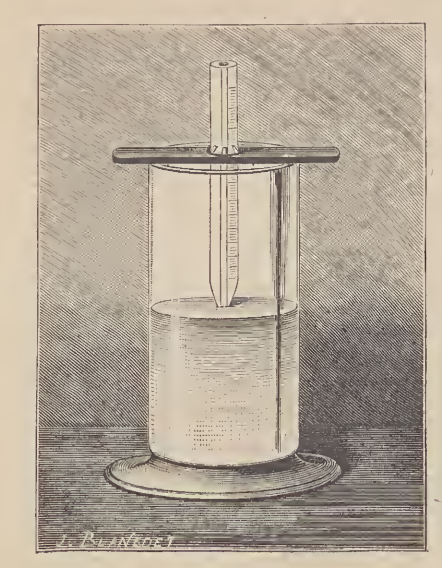


Fig. 2. Licuómetro. Aparato para determinar la cantidad de alcohol que contiene el vino

cifra indicada en el cruce de las dos columnas indica la graduación alcohólica exacta del líquido.

Puede también determinarse el alcohol más fácilmente, pero con menos exactitud, con el licuómetro, instrumento basado en la diversidad de altura á que se elevan en un tubo capilar líquidos de distintas densidades. En este caso puede operarse directamente con el vino. El aparato para esto (fig. 2) se compone de un tubo capilar de cristal, cortado en bisel en uno de sus extremos, que se desliza rozando suavemente por una abertura practicada en una tablita destinada á sostener el instrumento. Se coloca la tablita sobre el vaso, se hace descender poco á poco el tubo (previamente secado) hasta la superficie del líquido, se aspira con la boca por el otro extremo y se deja terminar por sí solo el experimento. Entonces se lee en el tubo la división en donde el líquido se detiene, que expresa la cantidad de alcohol contenida en 100 centímetros cúbicos de vino. Este método exige también, respecto de la temperatura, gran corrección, la que se logra con una tabla de doble entrada análoga á la del alcohómetro.

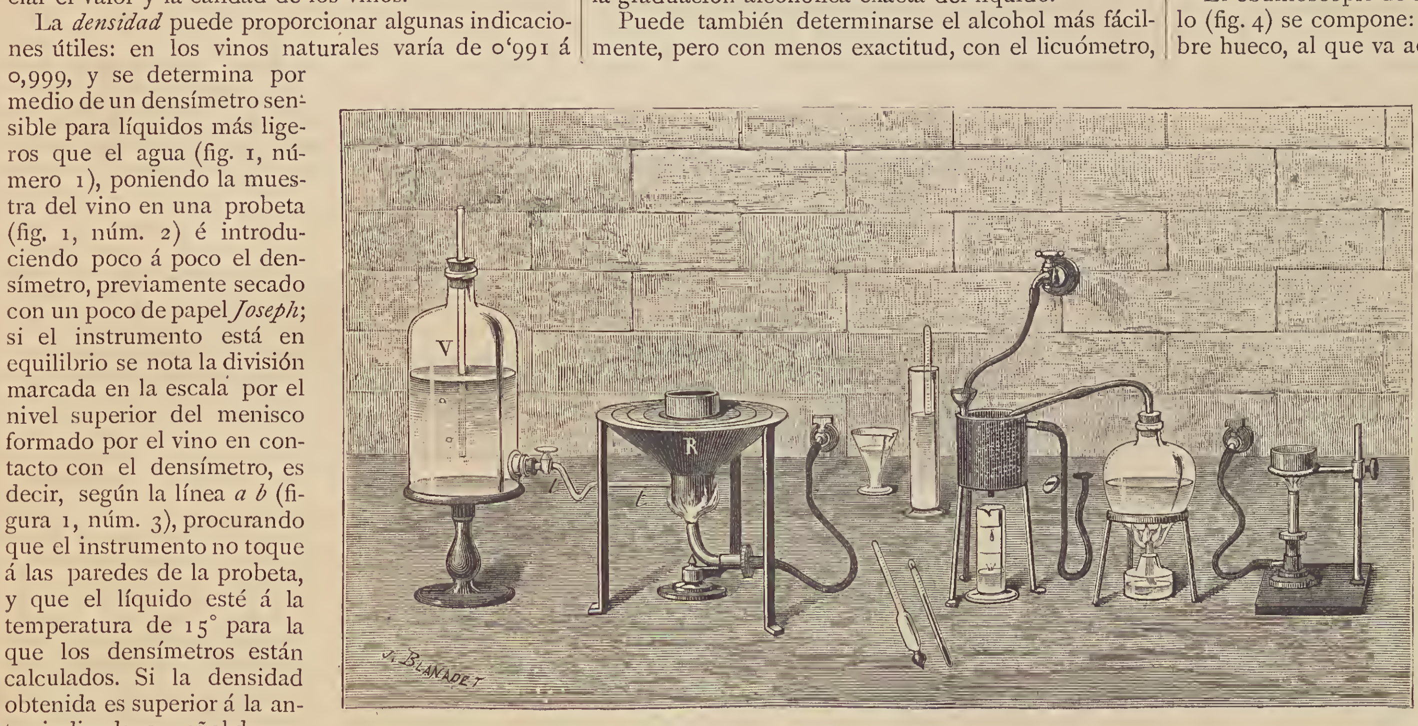


Fig. 3. Aparatos para el análisis de los vinos. - 1. Determinación de la cantidad de extracto seco. V, Vaso de Mariotte. R, Baño-maría. - 2. Determinación de la cantidad de alcohol (Aparato de Sallerón). - 3. Determinación de la cantidad de cenizas

Existe, finalmente, un procedimiento para determinar la cantidad de alcohol, que tiende á generalizarse cada vez más por su rapidez y precisión: nos referimos al empleo del ebullioscopio, instrumento fundado en la determinación de la temperatura en que comienza la ebullición de un vino. El alcohol puro hierve á los 78°,4 y el agua á 100°; una mezcla de ambos entrará en ebullición á una temperatura intermedia, tanto más elevada cuanto menos alcohol contenga aquélla. Tiene este procedimiento la ventaja de poderse aplicar á líquidos que contengan algo más que alcohol y agua, como los vinos, pues la experiencia ha demostrado que la presencia del azúcar y de las sales no influye sensiblemente en la temperatura de ebullición.

Hasta ahora el ebullioscopio más generalmente usado era el de Malligand, pero el de M. Benevolo, que vamos á describir, es más sólido y barato y ha obtenido la preferencia en el uso.

El ebullioscopio de destilador móvil de M. Benevolo (fig. 4) se compone: primero, de un cilindro de cobre hueco, al que va adherido el destilador B, que se ajusta al aparato por medio de una escotadura de bayoneta provista de un mango de madera; segundo, de un refrigerante R, ajustado á un pie con asa P; tercero, de un termómetro T, dispuesto á lo largo de un refrigerante y sobre el cual puede moverse un cursor C de dos índices y una flecha; cuarto, de una regleta móvil dividida en quintos de grado; quinto, de un tubular U que atraviesa el interior del refrigerante; sexto, de una lámpara de alcohol L.

Antes de servirse del aparato es preciso proceder á su arreglo, operación que debe hacerse cada vez que se emplea el ebullioscopio, ó por lo menos una vez al día si se hace de él un uso constante, y tiene por objeto eliminar la influencia variable de la presión sobre la temperatura de ebullición. Para ello se echa agua en el destilador de modo que no llegue á tocar al termómetro y se ajusta sólidamente aquél al aparato por medio de su escotadura de bayoneta. Durante esta opera-

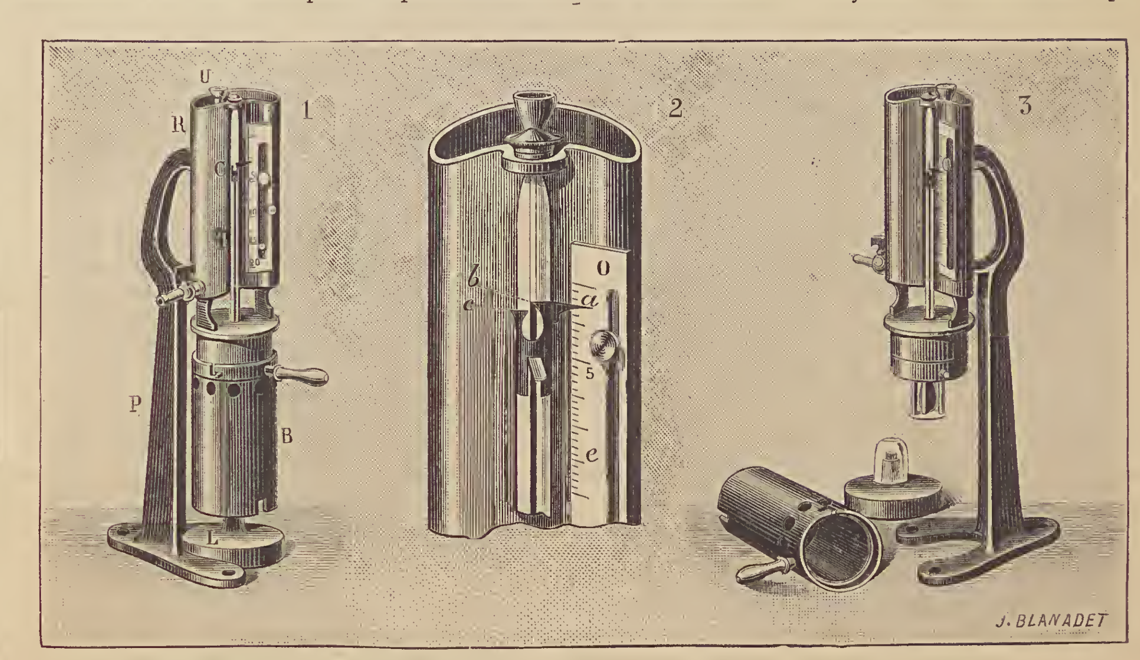


Fig. 4. Determinación de la cantidad de alcohol. - Ebullioscopio de destilador móvil de M. Benevolo. - 1. Vista del aparato en conjunto. - 2. Detalle del cursor en mayor escala. - 3. El aparato desmontado

ción se deja sin agua el refrigerante y se coloca la lámpara encendida debajo del aparato: pronto sube el mercurio en el termómetro, pero luego permanece estacionario cuando el vapor de agua se escapa por la tubular U, y entonces se coloca el índice *b* del cursor (fig. 4, núm. 2) enfrente del límite superior de la columna mercurial, se hace coincidir el cero de la escala móvil con la flecha del cursor *a* y se fija esta regleta por medio de un tornillo.

Así arreglado el ebullioscopio, se enjuaga cuidadosamente la tubular U y el destilador con el líquido cuya riqueza alcohólica se quiere determinar, y luego se llena completamente con el mismo líquido el destilador, se ajusta éste, se llena de agua el refrigerante y se calienta el aparato con la lámpara. Por medio del cursor se va siguiendo en el termómetro la ascensión del mercurio, que rápidamente se queda estacionado; se espera un minuto para que se establezca el equilibrio, y en la escala de la regleta se lee mirando la flecha del cursor el grado alcohólico indicado.

Cuando se trata de examinar vino, al nivel del límite superior del mercurio se coloca el índice *c*; en las mezclas de alcohol y de agua se emplea el índice *b*. Cada vez que se usa el ebullioscopio hay que enjuagarlo para conservarlo en buen estado.

La cantidad de alcohol contenida en los vinos es muy variable, pero comparándola con mediciones efectuadas con un vino natural de la misma procedencia, que se pueden encontrar en tratados especiales, se verá si el vino examinado ha sido adicionado con alcohol en proporciones notables.

El peso del *extracto seco* de la muestra comparado con el de un vino análogo auténtico puede indicar si ha habido adición de agua, cuando este extracto seco es demasiado débil, ó si el vino es de pasa, cuando el extracto es sobrado fuerte. El extracto seco varía generalmente entre 16 y 25 gramos por litro, y se le determina poniendo en una pequeña cápsula de porcelana ó de platino, previamente destarada, 25 centímetros cúbicos del vino que se ha de analizar y produciendo la evaporación al baño-maría hasta que el peso de la cápsula permanezca invariable. Del extracto seco de 26 centímetros cúbicos se deduce el correspondiente á un litro. Esta evaporación está indicada en el lado izquierdo de la fig. 3. Como se ve, V es un vaso de Mariotte que contiene agua destinada á alimentar el baño-maría R por medio del tubo *t*. Recomendamos este cómodo aparato á los aficionados que no dispongan de una toma de agua especial para el baño-maría, pues de este modo podrán dedicarse á otras operaciones durante las evaporaciones que hayan de verificar sin ocuparse continuamente de renovar el agua de aquél.

La derminación del extracto seco puede hacerse también por medio del enobarómetro Hondart, de la misma forma que el densímetro, pero diferentemente graduado, que permite leer directamente el extracto seco contenido en un litro de vino, conociendo su temperatura y su riqueza alcohólica. El uso del enobarómetro implica algunas correcciones que van indicadas en una tabla de doble entrada.

Las *cenizas* del vino, sin tener tanta importancia como los elementos anteriormente citados, tienen su utilidad y se determinan calcinando el extracto seco en la misma cápsula hasta que el producto obtenido sea blanco. Después de enfriadas se las pesa y se hace la proporción de las cenizas logradas relacionándola con un litro de vino. La calcinación puede hacerse en un hornillo con mufla ó en una espita de gas Bunsen, sosteniendo la cápsula por medio de un triángulo de platino, como se ve en el lado derecho de la fig. 3.

Finalmente el *enyesado* ha tomado tales proporciones en la industria de los vinos, que es preciso determinar la cantidad de sulfato de potasa que contienen para comprobar que aquél, en caso de que se haya hecho, no sea exagerado. En este último caso, el análisis de las cenizas ya lo habrá advertido.

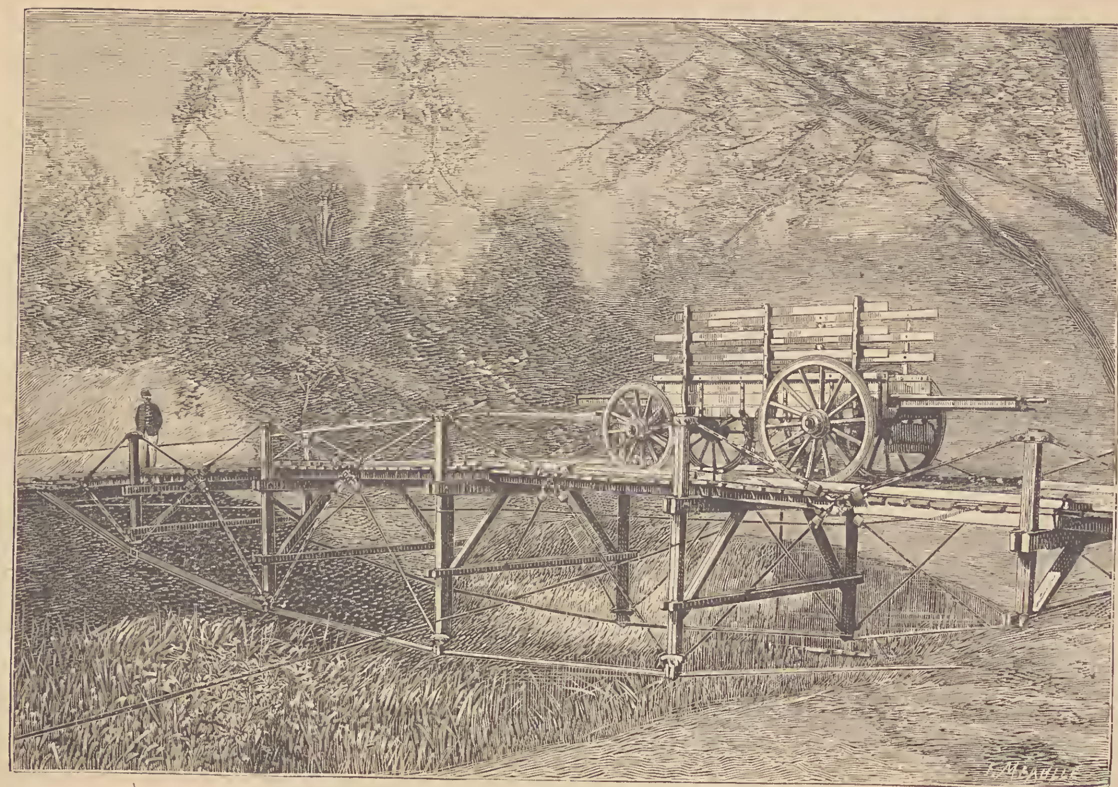


Fig. 1. Nuevo puente colgante militar del comandante M. Gisclard

Los servicios de los ministerios de la Guerra y de Comercio rechazan los vinos que contengan más de 2 gramos de sulfato de potasa por litro, y sin embargo, en Francia mismo hay vinos naturales que contienen á menudo 4 y 5 gramos.

Para determinar el sulfato de potasa se ponen en un frasco de fondo plano 100 centímetros cúbicos de vino, adicionado con algunas gotas de ácido clorhídico; se calienta durante unos minutos al baño-maría, se añaden algunos centímetros de una solución concentrada de cloruro de bario y se sigue calentando del líquido por espacio de una hora, después de lo cual se echa el líquido en un fieltro sin pliegues, se lava á fondo el precipitado de sulfato de barita con agua destilada para quitar el exceso de cloruro de bario, y una vez seco el fieltro se le calcina al rojo obscuro hasta que las cenizas se vuelvan blancas: el aumento del peso de la cápsula indica la cantidad de sulfato de barita, y esta cifra multiplicada por el coeficiente 0'7473 da el peso del sulfato de potasa contenido en 100 centímetros cúbicos del vino ensayado Para reducir esta cantidad al litro basta multiplicarla por 10.

Fig. 3. Palizada

El examen de la materia colorante del vino tiene también gran importancia, pero esta investigación es difícil y sólo puede hacerse por químicos expertos. Hay, sin embargo, un medio práctico para conocer si el color del vino es natural ó no; este medio consiste en echar una gota del vino que se trata de examinar en una barra de greda albuminada (1); todo vino que produzca una mancha verdosa, rosa ó violácea debe ser considerado como sospechoso.

En resumen, por la comparación principalmente pueden obtenerse del análisis de los vinos indicaciones útiles, y los analizadores harán bien en procurarse una muestra de vino natural de la misma tierra y del mismo año que el que hayan de analizar y en proceder con ellos á las mismas determinaciones comparando los resultados obtenidos

Desgraciadamente es las más de las veces en extremo difícil procurarse esa muestra auténtica, y entonces no hay más que conformarse con los análisis señalados en los tratados especiales y comparar las cifras que se obtienen con las de un vino de la misma procedencia.

A. HEBERT

(1) La greda albuminada se prepara mojando en albúmina al 10 por 100 una barra de greda, dejándola secar á 100° y rascando la capa superficial.

NUEVO PUENTE COLGANTE MILITAR

Ocioso sería demostrar la utilidad que en los casos de guerra tienen los puentes para asegurar las comunicaciones; la atención que siempre han consagrado á su construcción los ingenieros militares de todos los tiempos son la mejor prueba de la importancia excepcional que aquéllos revisten.

De aquí la necesidad de estudiar los mejores sistemas para construirlos en un momento dado, aprovechando la mayor suma de elementos naturales de los territorios en que los ejércitos han de operar, á fin de hacer lo menos pesada posible la impedimenta que á todo cuerpo de tropas acompaña.

Esta consideración ha hecho preferibles á todos los demás el sistema de los puentes colgantes, habiéndose éstos construído hasta ahora de dos distintos modos, ó bien dejando que los cables floten sin tensión y sostengan el tablado por medio de cuerdas verticales, ó bien tendiendo los cables lo más posible para que pudieran sostener el tablado directamente.

Pero estos sistemas tienen graves inconvenientes; en el primero, como las tensiones iniciales son débiles, el paso de la más pequeña carga produce en los puentes deformaciones importantes que se traducen en oscilaciones en todos sentidos; en el segundo, la gran curva que afecta el tablado colocado sobre los cables hace que los carros bajen con demasiada rapidez en la primera mitad y verifiquen con grandes dificultades la subida en la segunda.

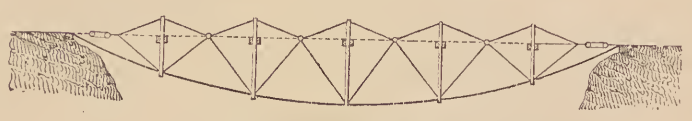


Fig. 2. Perfil del puente

A fin de obviar estos defectos, el comandante de ingenieros del ejército francés M. Gisclard ha procurado combinar las ventajas de los dos sistemas, disminuyendo cuidadosamente sus inconvenientes.

Para definir el primer tipo creado por este oficial y experimentado en el polígono de Grenoble en 1888, puede decirse que el tablado horizontal descansa sobre una serie de palizadas (fig. 3) colocadas á una distancia de 4 metros unas de otras (figs. 1 y 2) y apoyadas por sus extremos inferiores sobre cuerdas metálicas que dibujan una curva parabólica.

Esta disposición haría entrar de lleno el sistema dentro del primer tipo á que antes nos hemos referido; pero el inventor ha logrado combinar la sustentación parabólica con una enérgica tracción horizontal á la altura del tablado, haciendo que los extremos superiores de los montantes de las palizadas sirvan de sostenes á ligaduras diagonales de cuerdas metálicas que se reunen de cuatro en cuatro á la altura del tablado en anillos de hierro forjado. Sobre los anillos extremos obran unas muflas de tensión que se amarran en cada orilla en el mismo punto que los cables principales; así la rigidez del sistema está asegurada por la doble tracción que parte de los cuatro puntos de apoyo.

El lanzamiento de uno de estos puentes es sumamente fácil, bastando tender al través de la brecha los dos cables principales, mientras en uno de los ribazos se reune todo el sistema superior, compuesto de las palizadas y de los cordones metálicos. Los pies de los montantes de las palizadas están provistos de una ranura que encaja con los cables principales de manera que se pueda hacer deslizar todo el aparato superior y dejarlo colocado en su sitio tirando de las amarras.

Este sistema ha sido ensayado satisfactoriamente con un puente de 24 metros de largo, en 1886, en el polígono de Satory, en Versalles, y en 1887 y 1888 en los fosos de Grenoble. Las pruebas sucesivas han llegado á 625 kilogramos por metro, habiendo pasado por el puente, sin que aparecieran oscilaciones sensibles, una pieza de 90 con su tiro y su furgón, dos carros atados uno detrás de otro con un peso en junto de 5.000 kilogramos, y finalmente, columnas de infantería desfilando á cuatro en fondo al paso, á la carrera y aun al paso gimnástico acompasado.

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard-Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Pablo Sillery servía en el ejército del Loire. Alberto Papillón, que había demostrado ardiente entusiasmo en el 4 de septiembre, habíase hecho nombrar prefecto de un departamento de los Pirineos, y dando un repaso á sus autores, el antiguo laureado del concurso general gastaba allá abajo, lejos de los golpes, mucha saliva y prosopopeya, expectorando desde lo alto de todos los balcones arengas en las que frecuentemente salían á relucir los trescientos militares de la antigüedad y cierto desfile por las montañas de Grecia, no del todo desconocidos.

En los teatros, en donde se daban beneficios á favor de las ambulancias, ó para contribuir á la fundición de un cañón, Amadeo iba alguna vez á ver á Jocquelet, que revestido de la cazadora guerrera y con botas de montar hasta el vientre, declamaba con éxito enorme poesías de actualidad, en las que el entusiasmo y los buenos sentimientos suplían al arte y al sentido común. Mas ¿qué decir del farsante triunfal que se creía un Tirteo, y que así que le llamaban dos veces á escena estaba convencido de que acababa de salvar á la patria y de que á Bismarck y al viejo Guillermo no les quedaba más remedio que largarse?

En cuanto á Mauricio Roger, éste desde el principio de la campaña había enviado á la provincia á su madre, á su mujer y á su hijo, y llevando el doble galón de oro de teniente sobre su uniforme de móvil, se hallaba en los puestos avanzados, al lado del antiguo amigo de su padre, el coronel Lantz.

Porque á causa de la escasez de oficiales, habíase arrancado al coronel, del negociado de ingenieros del ministerio de la Guerra, haciéndole renunciar á sus reglas y sus compases. ¡Pobre hombre! Sus recuerdos de actividad se remontaban á Crimea y al Cerro Verde. Desde entonces no había visto relucir al sol la sierra de un zapador; y he aquí que pedían á este veterano que volviese á la trinchera á secar los partes de ordenanza con pólvora y tierra removida por las bombas, del mismo modo que Junot lo hizo en Tolón en la Batería de los «Hombres sin miedo.»

Pues bien; no había rehusado el viejo Lantz. Después de haber besado en la frente á sus tres hijas sin dote, sacó de un cajón su uniforme medio apolillado, sacudió cuidadosamente el alcanfor y granos de pimienta, y se marchó á pasito de burócrata á dirigir los trabajos de las trincheras lo más lejos posible de las fortificaciones, muy cerca de los prusianos. ¡Ea! Los ingenieros auxiliares, los señores de gorra á la americana, no tuvieron mucho tiempo para burlarse de la casaca de Africa de corte raro: y del alto kepis á la Bugeaud del antiguo coronel: una bomba alemana estalló un día en medio de este estado mayor improvisado; todo el mundo se echó boca abajo, excepto el coronel Lantz, que después de la explosión se aseguró los anteojos en la nariz y limpióse la chamuscada barba con tanta sangre fría como si lavara sus pinceles de tinta china. ¡Caramba! Se trata de daros ejemplo, señores de la gorrita americana, de sostener el honor de las armas especiales, de enseñaros á respetar el peto de terciopelo negro y la doble tira roja del pantalón. A pesar de su distracción y sordera, el coronel había oído murmurar á su lado las palabras de «abuelo Lantz, viejo estantigua.» Pues bien, señores oficiales de cartón, ahora ya sabéis lo que algo bueno tenía el antiguo ejército.

Mauricio Roger, destacado de su batallón y á las órdenes del coronel Lantz, cumplía su deber como verdadero hijo de soldado, siguiendo á su jefe á los puestos más peligrosos, sin tampoco bajar la cabeza ni encoger los hombros al silbido de los obuses. Corría por sus venas sangre militar, y aquel voluptuoso no temía á la muerte. Pero la vida al aire libre, la ausencia de su mujer, el estado de excitación producido por la guerra, y la necesidad de goce que sienten casi todos los que arriesgan la vida, habían excitado bruscamente su temperamento de libertino. Cuando su servicio le permitía volver á París y pasar allí veinticuatro horas, se aprovechaba para comer bien y beber champagne en casa de Brebant ó Voisin, en compañía de alguna hermosa muchacha, saboreando los platos de lujo de aquella época, como albaricoques, queso de Gruyere, ó la rarísima pierna de algún carnero criado ocultamente por una criada en un quinto piso.

Una noche que Amadeo Violette se había retardado en los boulevares, vió á Mauricio que salía de un restaurant nocturno, vestido de uniforme y dando el brazo á una linda actriz de Variedades, de la que se hacían lenguas las coristas del teatro por su celo en servir en la ambulancia; pero que á juzgar por las apariencias, no debía pasar muchas noches á la cabecera de los heridos. Este encuentro proporcionó al poeta un nuevo disgusto. Por tal esposo, María refugiada en un rincón de provincia, de seguro hallaríase devorada por terribles sobresaltos en aquel momento; y era por causa de aquel incorregible vividor, por

quien había desdeñado á su amigo de infancia, despreciando el más tierno, delicado y fiel amor.

Con objeto de matar el tiempo y huir de la soledad, Amadeo había vuelto al café de Sevilla, en donde sólo halló un pequeño grupo de sus antiguos conocidos. Los melenudos al presente, obedeciendo á la ordenanza, habíanse rapado, y la mayor parte de los poetas llevaban kepis y cartuchera. Pero algunos de los barbudos políticos no renunciaban á sus antiguas costumbres; no obstante, la guerra y la caída del imperio fueron un triunfo para ellos, y el 4 de septiembre los distribuyó en todas las carreras. Veinte barbudos, por lo menos, fueron nombrados prefectos, y todos ó casi todos ocupaban puestos oficiales. Había uno en el gobierno de la defensa nacional, y tres ó cuatro, elegidos entre los más feroces, en la comisión de barricadas; pues por inverosímil que el hecho parezca hoy día, esta comisión ha existido y funcionado. Comisión en regla, con oficina constituída, grandes tinteros de loza, papel para letra especial, actas votadas y aprobadas al comienzo de cada sesión, y en derredor de su tapete verde los profesores de asonadas, los doctores en insurrección del café de Sevilla, ponían generosamente al servicio del país la experiencia práctica que habían adquirido ejercitándose en el juego del dominó.

Pero los barbudos que permanecían en París y ocupaban empleos más ó menos considerables en el Estado, no eran infatigables, á pesar de su celo, y las oficinas en que trabajaban por la salud de Francia se cerraban generalmente á las cuatro; y entonces aquellos hombres disfrutaban de un descanso bien ganado, é iban, como antes, al café de Sevilla á tomar aperitivos. Allí los encontró Amadeo, y se mezcló en sus conversaciones, que versaban exclusivamente sobre temas patrióticos y militares.

Estos barbudos, de los que ninguno hubiera sido capaz de mandar «¡flanco derecho!» á un pelotón de infantería, acababan todos de recibir, sin duda por obra del Espíritu Santo, el genio de la estrategia. Todas las tardes de cinco á siete se libraba en cada mesa de mármol una batalla decisiva. Sostenido por la artillería de la garrafa helada, que representaba el Monte Valeriano, un vermout de Turín simulaba atacar á un platillo que figuraba ser las baterías de Montretout, mientras que el ejército y la guardia nacional, simbolizados por un bitter y un ajenjo, salían en masa por el lado del Sud y marchaban derechos al corazón del enemigo, á Versalles; es decir, á una caja de fósforos.



Entre los barbudos había también hombres de proyectos, inventores terribles, que tenían un medio infalible de destruir de golpe los ejércitos prusianos, y que acusaban de traidor al general Trochu, culpable de haber rechazado sus ofertas, invocando las góticas preocupaciones del derecho de gentes. Uno de estos visionarios, en otro tiempo médico en casa de una sonámbula, sacaba del bolsillo, á la vez que la petaca y el papel de fumar, una serie de frasquitos con etiquetas de «cólera, peste, tifus, fiebre amarilla, vómito negro,» etc., y proponía como cosa muy sencilla el ir á derramar estas epidemias en todos los campos alemanes, con ayuda de un globo dirigible que había ideado precisamente la noche antes al meterse en la cama.

Cansado pronto de todos aquellos habladores y locos, Amadeo no volvió al café de Sevilla. Vivió solo, engolfándose cada vez más en su desaliento, y nunca quizá le sintió mayor que en aquella mañana del 2 de diciembre, última jornada de la batalla de Champigny, mientras se paseaba tristemente entre los pabellones de su batallón.

Aquel cielo bajo en que se agrupaban fúnebres nubes cargadas de nieve, el ruido cercano de los cañonazos, el paisaje fangoso, las casuchas arruinadas, los soldados vencidos tiritando bajo sus harapos; todo esto sumía al poeta en la más sombría de las meditaciones.

De modo que el género humano, viejo de tantos centenares, de tantos miles de siglos tal vez, ¡se encontraba todavía en este estado, en el odio, la guerra absurda, la muerte fratricida! ¡Progreso! ¡Civilización! ¡Palabras! ¡Nunca el reposo; jamás una tregua duradera de paz, de fraternidad, de amor! ¡Siempre reapareciendo la brutalidad primitiva, el derecho del más fuerte teniendo en sus garras de bestia feroz al blanco cadáver de la justicia! ¿Para qué habían servido tantas religiones, filosofías, nobles aspiraciones y grandes esfuerzos del pensamiento hacia el bien, hacia el ideal? ¡Era, pues, verdad la horrible doctrina de los pesimistas! ¡Parecidos á los animales, estamos condenados eternamente á matarnos únos á otros para vivir! Si fuera así, debería renunciarse á la existencia, vomitar el alma!

Entretanto redoblaba el cañoneo, y á su trágico estruendo se mezclaba la seca granizada de la fusilería.

Al lado de un ribazo cuyos árboles no permitían ver á lo lejos, hacia el Sudeste, subía continuamente al cielo gris una humareda blanca, muy espesa, esparcida por todo el horizonte.

Todo estaba demostrando que el combate acababa de renovarse allá abajo, y debía ser terrible, porque en seguida los carruajes de ambulancia (camiones y ómnibus embargados) empezaron á desfilar, llenos de heridos, cuyas quejas plañideras oíanse al paso. Habían colocado á los menos graves en los ómnibus, que iban despacio; pero el mal tiempo llenaba de baches el camino, y daba lástima ver el traqueteo de las cabezas de aquellos infelices, dolorosamente sacudidas.

Además, todavía era más lúgubre ver el perfil de los moribundos, tendidos sobre colchones ensangrentados, en las largas y estrechas carreras de bagajes militares.

(Concluirá)

NUESTROS GRABADOS

EL DR. ROBERTO KOCH

Y LA CURACIÓN DE LA TUBERCULOSIS

Entre los nombres de los más grandes bienhechores de la humanidad merece ser pronunciado con orgullo y con gratitud el de Roberto Koch.

No es esta la primera vez que lo aclama el mundo entero. ¡Quién no recuerda la admiración hace ocho años causada por la noticia de que había logrado obtener la prueba, tantas veces en vano buscada, de la verdadera causa de la tuberculosis en forma de hongo con propiedades características perfectamente determinadas! ¡Quién no le siguió con interés en aquella expedición que hizo á Egipto y á la India para estudiar el cólera, y quién, á su regreso, no le recibió con el corazón palpitante al saber que había descubierto el germen de esta mortífera enfermedad que hasta entonces escapara á todas las investigaciones! ¡Quién no se siente poseído de veneración en presencia de ese sabio modesto que á fuerza de incesantes trabajos ha fundado toda una ciencia y que con sus métodos y procedimientos ha resuelto de una manera formal y segura uno de los más importantes problemas de la medicina moderna, la destrucción de los gérmenes morbosos por medio de la desinfección!

Y sin embargo, todo cuanto hasta ahora ha hecho por la humanidad parece, á primera vista, que se eclipsa enfrente de la nueva noticia que, salida de un laboratorio al principio en forma de ligeras insinuaciones, de rumores vagos, se nos ofrece ahora como verdad viviente, soberbia, llena de hermosas promesas. Tiempo hacía que era un secreto á voces que el maestro estaba muy cerca del objetivo que desde el descubrimiento del bacilo tuberculoso se había impuesto. «Cuando los médicos se habrán convencido de que la tuberculosis es una verdadera enfermedad infecciosa, surgirá y se irá desenvolviendo por sí misma la discusión de las cuestiones relativas á la manera más eficaz de combatirla.» Así terminaba Koch la notable memoria que presentó á la Sociedad Fisiológica de Berlín en 24 de marzo de 1882, y desde entonces él y sus discípulos han perseguido incesantemente este fin, reconociendo siempre la insuficiencia de los medios de que á la sazón se podía disponer. Ultimamente se habló, aunque con mucha reserva, de resultados positivos, y en el décimo Congreso internacional Koch presentó una memoria dando la sorprendente nueva de haber descubierto una substancia que ensayada en animales había dado un resultado favorable: los conejos de Indias á los que artificialmente se había inoculado la tuberculosis quedaban curados con la inoculación de aquélla, y los sanos previamente inoculados eran inmunes á la infección tuberculosa. En la actualidad se han realizado más rápidamente de lo que entonces podía creerse las esperanzas que aquellos hechos hicieron concebir, y hoy nos encontramos en presencia del hecho cierto de que también en el hombre pueden curarse radicalmente por lo menos determinadas formas de tuberculosis, tales como la tisis pulmonar en sus comienzos y las enfermedades de carácter tuberculoso de las articulaciones, de los huesos y de la piel.

Lo positivo que acerca del método de Koch hasta ahora sabemos puede condensarse en pocas palabras. El nuevo remedio que por medio de inyecciones hipodérmicas se introduce en la circulación de la sangre obra de un modo específico, no sobre el bacilo mismo, como antes generalmente se creía, sino sobre los tejidos por él inficionados, sea de los pulmones, sea de la piel, sea de otras partes del cuerpo. Esta acción se manifiesta localmente con los caracteres siguientes: el tejido tuberculoso empieza por inflamarse y ponerse tumefacto, pero luego pierde toda sensibilidad y se desprende del cuerpo, no sin antes haber producido generalmente fiebre, abatimiento, dolores en los miembros, etc. Esta última reacción es especialmente característica de la tuberculosis, pues sólo se presenta cuando existe la materia morbífica, al paso que en las personas sanas ó atacadas de otras enfermedades la inoculación en pequeña dosis no tiene consecuencia alguna.

Donde más claramente se aprecian la reacción y la acción curativa del procedimiento es en la forma de tuberculosis cutánea conocida con el nombre de *lupus*, porque en ella todo el proceso se desenvuelve en la superficie. A propósito de esta enfermedad diremos que el resultado obtenido en su tratamiento con la inoculación de Koch no deja lugar á duda respecto de su clasificación en el grupo de las tuberculosis.

Estos resultados positivos de las investigaciones hasta ahora conocidas demuestran por un lado que efectivamente se ha descubierto un nuevo específico, y deja por otro ancho campo abierto á las hipótesis y á las esperanzas, á las que nadie se entregaría á buen seguro si el nombre de Koch y su manera de proceder no fuesen la mejor garantía de que una vez abierta la senda se seguirá andando por ella, con gran prudencia, sí, pero con un objetivo perfectamente determinado y conocido.

Hay que hacer constar, sin embargo, que cuando menos es altamente prematura la ilusión por muchos alimentada de que de golpe desaparecería del mundo la tuberculosis pulmonar. El mismo Koch, con la prudencia y circunspección que le son propias, ha hecho observar, como ya antes lo había manifestado, que en los casos en que esta enfermedad ha hecho grandes progresos no hay que tener en cuenta solamente la acción destructora de los bacilos tuberculosos, sino que en ellos se juntan una serie completa de factores que constituyen el carácter de la enfermedad. La pérdida de substancia pulmonar apta para la respiración con nada se sustituye, la extenuante supuración de que va acompañada es consecuencia de otros microorganismos. En tales casos, que por desgracia constituían hasta ahora la regla general, el nuevo procedimiento por sí solo puede quizás producir una mejora, pero nunca la curación. Tal vez, y sobre ello ha llamado siempre la atención Teodoro Billrot, entrarán algún día esos casos en los dominios de la acción quirúrgica, que una vez descartado el veneno específico, promete mayores éxitos de los hasta ahora obtenidos.

En lo porvenir la principal misión del médico consistirá en no dejar que la tisis pulmonar alcance este período A Koch debemos el método más seguro para diagnosticarla: la presencia de bacilos tuberculosos en los esputos es la prueba más concluyente de su existencia, de modo que al examen de los esputos hay que dar en lo sucesivo mucha más importancia de la que hasta hoy se le ha concedido. Y si se mira con cierta prevención á todo el que tosa, se conseguirá conocer la enfermedad apenas se inicie: en algunos casos quizás pueda ayudar á ello alguna inoculación de Koch. Si así se hace, será posible obtener en todos los casos una curación real y completa, sea que se observe atentamente al enfermo y se proceda al tratamiento en cuanto aparezcan los primeros síntomas sospechosos, sea que, lo cual no está aún comprobado, una sola cura dé la inmunidad para siempre ó por mucho tiempo, como la vacuna la da para la viruela. En cierto modo, pues, la actual generación de tísicos que hayan pasado del primer grado morirá ¡triste es confesarlo! antes de que se evidencien todas las bondades del nuevo método, es decir, antes de que la tisis pulmonar deje de ser una de las más frecuentes causas de muerte.

LOS QUE TENGAN TOS ya sea catarral ó de constipado, seca, nerviosa, ronca, fatigosa, etc., etc., bronquial ó pulmonar, por fuerte y crónica que sea, hallarán el alivio inmediato tomando la **PASTA PECTORAL INFALIBLE del Dr. ANDREU de Barcelona.**
Son tan rápidos y seguros los efectos de estas pastillas, que casi siempre desaparece la *tos por completo* al terminar la primera caja.
Los que tengan también **ASMA ó SOFOCACIÓN** usen los cigarrillos balsámicos y los papeles azoados del mismo autor, que la calman instantáneamente y permiten al asmático *dormir durante la noche.*

MEDICAMENTOS ACREDITADOS

PÍDANSE EN LAS Farmacias

PARA TENER LA BOCA **sana, hermosa, fuerte** y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR GUTLER ó **MENTHOLINA** que prepara el **Dr. ANDREU de Barcelona.**
Su olor y sabor son tan exquisitos y agradables, que además de un poderoso remedio, es artículo de recreo é higiene, porque deja la boca fresca y perfumada por mucho tiempo.
LA MENTHOLINA en polvo aumenta la blancura y belleza de los dientes.
Véase el curioso opúsculo que se da gratis.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes,** para facilitar **la digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de Sⁿ-Vito, insomnios, convulsiones** y **tos** de los niños durante la denticion; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas.**
Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 25 años
Contra las AFECCIONES de las Vías Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al **Tónico** mas energico.
VINO AROUD CON QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia.** De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estomago* y los *intestinos*.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

NUEVO DICCIONARIO DE LAS LENGUAS
ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS
REDACTADO CON PRESENCIA DE LOS DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y FRANCESA, BESCHERELLE, LITTRÉ, SALVÁ Y LOS ULTIMAMENTE PUBLICADOS
POR DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA
CONTIENE LA SIGNIFICACIÓN DE TODAS LAS PALABRAS DE AMBAS LENGUAS, — LAS VOCES ANTICUADAS Y LOS NEOLOGISMOS, — LAS ETIMOLOGÍAS, — LOS TÉRMINOS DE CIENCIAS, ARTES Y OFICIOS; — LAS FRASES, PROVERBIOS, REFRANES, IDIOTISMOS Y EL USO FAMILIAR DE LAS VOCES, — Y LA PRONUNCIACIÓN FIGURADA
Tenemos la satisfacción de poder anunciar la terminación de esta notable obra, recomendada por la prensa de España y reconocida como el Diccionario MAS COMPLETO DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY por el ministro de Instrucción Pública de Francia.
Consta de cuatro tomos esmeradamente impresos
Se envían prospectos á quien los solicite, dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores. Barcelona

PAPEL Ó CIGARROS ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE Bⁿ BARRAL disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos. DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

Este primer éxito colosal abre más dilatados horizontes á la esperanza. ¿No puede lograrse contra los otros gérmenes mórbicos lo mismo que contra el bacilo tuberculoso se ha conseguido? La victoria que el genio de un hombre ha obtenido sobre este enemigo, ¿no ha de de obtenerse sobre la terrible difteria, por ejemplo? Para contestar á estas preguntas, es preciso ante todo conocer exactamente la naturaleza del líquido de que se sirve Koch para sus inoculaciones. La mayor parte de lo dicho hasta ahora sobre este particular es sólo vaga sospecha. El mismo Koch guarda aún sobre este punto absoluto silencio, y hasta á los médicos que hicieron los primeros ensayos se les entregó misterioso líquido pardusco amarillento sin darles acerca de él explicación alguna. En el discurso pronunciado por Koch en el Congreso hay algunos puntos de apoyo, pero de carácter negativo más que positivo: por ellos sabemos de qué no se trata; sabemos, por ejemplo, que todos los antisépticos y sales metálicas que se emplean en otras ocasiones, como en las operaciones quirúrgicas para destruir las bacterias, son ineficaces en los casos de tuberculosis. Como, por otra parte, las analogías con otras enfermedades infecciosas abonan la teoría de que las bacterias producen por sí mismas otras substancias muy funestas para ellas y que hacen imposible su ulterior desarrollo, circunstancia en que se basa en general la eficacia que para dar inmunidad poseen la vacuna y aun ciertas enfermedades que sólo se tienen una vez, como el sarampión y la escarlatina, cabe admitir que Koch pueda servirse de tales productos, cuyo estudio tanto ha adelantado en estos últimos tiempos especialmente, gracias á los trabajos de los profesores Brieger y Frankel. Si esto es así, si Koch ha conseguido aislar de entre los productos múltiples de las bacterias aquel que destruye las condiciones necesarias para su ulterior existencia y hacerlo utilizable para fines terapéuticos, no se puede calificar de quiméricas las esperanzas á que antes nos hemos referido. Koch no es el hombre que ha vencido por un azar de la suerte: sus trabajos, desde sus memorables investigaciones sobre la lienitis (inflamación del bazo) y el origen de las enfermedades traumáticas hasta su último descubrimiento, constituyen un conjunto conexo, una cadena cuyos eslabones están estrechamente unidos. En las esperanzas que para el porvenir se acarician se refleja la confianza en su modo de proceder rigurosamente metódico. El mismo no considerará de seguro sus actuales trabajos más que como un nuevo paso dado en el camino emprendido, no como el término de la senda que se ha trazado. Todo cuanto nos ha prodigado hasta ahora es garantía de que seguirá trabajando y venciendo cuantas dificultades se le presenten.



EL DOCTOR ROBERTO KOCH

Descubridor del *bacillum* de la tuberculosis y del procedimiento para curarla

Hasta ahora la cifra de experimentos realizados con su método curativo ha de ser forzosamente pequeña: todavía ha de transcurrir algún tiempo y se han de hacer nuevas tentativas antes de que aquél pueda y deba ser patrimonio común de todos los médicos. Tampoco habrán de desaparecer todos los procedimientos curativos hoy en día empleados contra la tisis pulmonar, sino más bien habrá que fijarles fundamentos seguros. El propio Koch ha manifestado que la buena asistencia, el aire puro, un clima sano favorecen en alto grado la eficacia de su tratamiento.

En una sesión de la Unión libre de Cirujanos de Berlín, en la que por vez primera se explicó el nuevo tratamiento á un numeroso concurso de médicos y á la que imprimió verdadero carácter histórico la presencia del ministro de Cultos, del médico del Estado mayor general del ejército y de hombres como Virchow, Esmarch, Konig, Thiersch, Gerhardt, Leyden, Ziemsen y otros, el Dr. Bergmann, en un entusiasta panegírico que hizo de Koch, dijo que con él había surgido en el mundo un médico que unía de tal manera el genio teórico con la potencia práctica, que otro igual á él no había existido desde los tiempos de Hipócrates. Los alemanes pueden estar orgullosos de ese hombre. Ninguno de los honores que se proyecta concederle, ninguna dotación que se le otorgue por grande que sea, puede compararse ni con mucho á la magnitud de sus servicios. Las lágrimas de gratitud derramadas por millares de personas, las aclamaciones de júbilo de todo el mundo le demostrarán que la grandiosidad de su modesto genio ha sido reconocida, que su creación sin igual, rica en risueñas promesas, ha sido admirada como se merece.

¡Quiera Dios seguir bendiciendo su inteligencia y sus manos en el porvenir!

(Tomado de la Revista alemana *Schorers Familienblatt.*)

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS, 26 B. S.-Denis.

ENFERMEDADES DEL **ESTOMAGO**
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Snrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.— PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Pildoras se emplean especialmente contra las **Escrofulas**, la **Tisis** y la **Debilidad de temperamento**, asi como en todos los casos (**Pálidos colores, Amenorrea, &a**), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard Farmacéutico, en Paris, Rue Bonaparte, 40

N. B. El ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las *verdaderas Pildoras de Blancard*, exigir nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma puesta al pié de una etiqueta verde y el Sello de garantia de la Union de los Fabricantes para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS 1867 - LYON 1872 - VIENA 1873 - PHILADELPHIA 1876 - PARIS 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS — GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR · de PEPSINA BOUDAULT
VINO · · de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS · de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

36, Rue Vivienne **SIROP** du Doctr **FORGET** RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses



VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK



Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL Dr DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartín, núm. 16, París.-Las casas españolas pueden hacerlo en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, núm. 5, Barcelona

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN